

La revolución en tinta limón. Recordando a Cooke

Revista Unidos N° 11/12, octubre de 1986

Por Horacio González

Una relectura de la Correspondencia entre Perón y Cooke arroja inesperadas derivaciones. Surgen cuestiones cuyo tratamiento es hoy impostergable. Muchas de esas cartas fueron escritas con "tinta limón", sólo legible acercándolas a una llama. En el presente artículo se leen estos documentos acercándolos a la llama de la dramática actualidad del peronismo, para que revelen lo que aún no nos dijeron.

Anímese y suba a nuestro histórico tablado

Ricardo Monti. Maratón.

Los dos hombres se tratan con afecto y sin demasiadas cautelas. Invariablemente, uno encabeza las largas epístolas con un "mi querido jefe". El otro responde con mayores ceremonias, casi siempre con un "Señor Doctor", que de inmediato suele suavizar con un "mi querido amigo". Porque ceremonioso es Perón con Cooke cuando tejen y destejen las cuitas de la insurrección en la Argentina. Eso, durante los años 1957 y 58. Curiosamente, cuando la relación se va enfriando, Perón distiende el trato. Y entonces, las pocas cartas que le mande al hombre al que poco tiempo antes le había dicho "su decisión será mi decisión, su palabra mi palabra", se permiten un informal "mi querido Bebe". Podemos inferir que quedaba el afecto, tamizado en la ironía paternalista con la que Perón emplea el apodo de Cooke. Sobrevolando el mar de diferencias nunca demasiado explicitadas entre ambos, quedaba esa palabra, Bebe.

Insurrección, caos y odio

En esa relación de Perón con Cooke podemos rastrear la primera formulación dialogada que se hace del concepto y del sentido de la revolución desde el peronismo. Y como también se trata de un largo centenar de cartas, también podemos reconocer allí todas las vibraciones discursivas que se dan cita en ese primer peronismo resistente. Tamaño monumento de la literatura política argentina, por su curiosa desmesura y su verbosa invocación de las musas insurreccionales de todos los tiempos, puede ser comparado, por qué no, al Plan de Operaciones de Moreno (aún dejando asentada la correspondiente duda sobre su autoría).¹ Y si de comparaciones se trata, podemos equipararlo también al dramático epistolario de las Cartas Quillotanas y las Ciento y Una que habían entrecruzado Alberdi y Sarmiento en el siglo anterior (también salvando aquí que entre Perón y Cooke la entonación polémica nunca asume el primer plano)².

Es sabido que en esta correspondencia se define el sentido general de la propuesta resistente que comienza a animar al peronismo caído. Concepto quizás inspirado en la gesta de los maquis en la Francia ocupada durante la segunda guerra mundial (ya que no tiene antecedentes en escritos o discursos previos de Perón), pero asociado de inmediato a otro vocablo de rigu-

rosa tradición en los fastos revolucionarios de perfil clásico: la insurrección. Si la resistencia era el rechazo al "golpe de fortuna" –y de ahí la desconfianza frente a Valle– debía ser definida como una lucha "diluida en el espacio y en el tiempo". Esos "millones de hechos dispersos" podían ponerse bajo la invocación de una consigna que escribe Perón en carta de Caracas, del 8/5 de 1957, "golpear cuando duele haciendo todo donde no está la fuerza y nada dónde ésta se encuentra", que según él es anterior a la "guerra de guerrillas", sólo necesaria en última instancia, en caso de que la paralización general del país no fuera suficiente como "golpe de gracia".

Las resonancias de este "golpear dónde y cuándo duele" se hicieron sentir en la Argentina de los años 70. Perón prefería asociar ese concepto a la "lucha diluida". Una década después, la idea de diluir los hechos que manifiestan la lucha, ya no sería seductora. Las organizaciones de entonces, guardan para sí el tema de la sorpresa, pero en un momento en que tiende a comprimirse el tiempo y a concentrarse el espacio.

Pero para aquél Perón, la resistencia debía ser "mucho menos activa" que de "desgaste", según dice una misiva del 3 de noviembre del 56. Ello permitiría mantener las líneas organizativas del peronismo afectadas drásticamente por el golpe del año anterior. Sin embargo, más allá del grado de practicidad de este modo resistente, dejaba en una llamativa ambigüedad los pasos posteriores que permitirían "tomar la situación con el Pueblo mismo". Diseñase así un impreciso territorio conceptual –no menos que el teatro histórico del que intentaban dar cuenta– en el que transcurre toda la Correspondencia y que ahora es menester desentrañar. ¿Qué era pues la Resistencia? ¿Un "llamado a reunión" de los duros, a la espera de circunstancias históricas más propicias? ¿o un conjunto de definiciones cuyo desarrollo concreto en el terreno de los hechos, si fuese exitoso, debía llevar al fin de la Tiranía o de la "canalla dictatorial" –tal como llaman Perón y Cooke al gobierno de los hombres del 55?

Si por un lado la resistencia se asimila muy fácilmente a la idea insurreccional, con una elasticidad reflexiva que permite evocar con mayor o menor ligereza, o de forma más o menos oblicua, a un Trotsky, un Lenin, un Mao, un Kerensky³, por otro lado surge una serie de palabras que el concepto de resistencia recibía como condigna compañía. Intransigencia absoluta, por un lado como actitud militante en general. Abstencionismo riguroso, por otro lado como decisión frente a las compulsas electorales decididas por los gobernantes de Buenos Aires. No es impropio la evocación de la antigua historia Radical en donde beben estas dos consignas.

La idea de clandestinidad, ella sí, no reconoce antecedentes de esa magnitud en la historia política argentina. Tanto Perón como Cooke circunscriben con severa insistencia la necesidad de una acción clandestina e ilegal, que permitirá surgir a los dirigentes de esa nueva e inédita etapa. Esos dirigentes serán entonces los "hombres puros y limpios", al decir del propio Perón, que sabrán teñir con su ejemplo a ese peronismo de catacumbas; pureza e integridad que encarnadas en Cooke, hacen exclamar a su lejano corresponsal caraqueño: "No me equivoqué el poner el ojo en Usted".

Hay un subentendido teórico que, del lado del exilado venezolano, preside todo este cuerpo de ideas, tal como lo exhibe el ya citado documento de noviembre del 56. Todo aquello que

corresponde a la dimensión "política" es fugaz, transitorio, distractivo. La clase obrera haría mal en someterse a los imperativos de la política así entendida: contratos dirigenciales, pacata vida partidaria, señuelos discursivos que la desvían del camino. La hora exige superar la política con el afloramiento de lo "social" –viejo tópico peronista– que en los momentos de urgencia nacional como el que se estaba viviendo, deben llevar a acciones drásticas, transpolíticas, más apropiadas para ingresar al drama histórico de la mano del "destino". Recurrente pensamiento de Perón⁴, al que en esta oportunidad denomina como Hecho Nuevo, constituyendo un concepto que derrama sobre ese otro peronismo insurgente y que, por la aceptación que tiene en Cooke, que en cartas posteriores no va a abandonarlo, sería oportuno verlo como la prehistoria de la idea de Hecho Maldito ("el peronismo como hecho maldito del país burgués") después de larga fama en la teorización cookista.

Pero hay otros ingredientes en el lenguaje de Perón, enlazados en dos vocablos que cualquier otro político dudaría mucho antes de incluir en su habla, y que emergen impávidamente en todo momento a lo largo de ese año 1957. Caos y odio. No hay insurrección efectiva sin el imperio del caos⁵, dice Perón, quién declara también ser portador de un odio infinito hacia la situación instaurada con su caída. Pensamiento éste punteado desde una matriz harto clásica pues atribuye al odio el carácter de "fuerza motriz de la historia", y a la violencia que de él se desprende, el paradójico efecto de evitar males mayores. Como en Maquiavelo, ser muy excesivo en el presente, ahorrará tener que serlo aún más en el futuro. Se desea el "desenlace violento", simplemente porque una mayor espera hará que "la violencia sea mayor".

Si sólo fuera por estos inesperados componentes conceptuales, la tesis resistente merecería desde ya la detenida indagación de los historiadores y políticos que quieran reiniciar ahora el debate sobre los años pasados. Pero algo más se le agrega. Toda la relación Cooke–Perón está recorrida por un hilo al rojo vivo, referido a lo que podríamos llamar "el drama del conductor". Con un patetismo no siempre bien disfrazado por el vendaval de hipótesis político–insurgentes desgranadas en vibrátiles párrafos, estaba en juego en la Correspondencia una definición –siempre enunciada y no menos soterrada luego, en el mismo gesto de hacerla objeto de un Manual o de infinidad de cartillas educativas– sobre la propia identidad conceptual y el rol del jefe político. Aquí percibiremos la compleja, tensa y enigmática relación entre estos dos hombres que se cartean: el hombre que está "lejos" y Cooke, su Jefe de la División Operaciones, asentada en Chile.⁶

Mucho más que consideraciones sobre la dificultad de dirigir los acontecimientos "desde lejos" (lo que en años posteriores Perón transmutará en "la ventaja estratégica de estar lejos"), la Correspondencia nos acerca al tema universal del infortunio del estratega, que está obligado a influir sobre hombres y cosas, al mismo tiempo que percibe la íntima necesidad de considerar su herencia, su muerte, la prosecución de su legado, la futilidad de los poderes y los implacables desdoblamientos ilusorios de toda acción, que hacen fugitiva a la "verdad política". Este es el gran tema implícito en la Correspondencia Perón–Cooke y es lo que primeramente consideraremos.

La cuestión de las cartas apócrifas

Desde ya, es necesario poner en situación histórica y geográfica a las voces de los autores de la Correspondencia. Perón está en Caracas, Cooke en Santiago de Chile (allí gobierna Ibáñez, y los

exilados peronistas esperan cierta tolerancia oficial, que para el caso debe llegar hasta una cierta prescindencia chilena con las radios clandestinas que se deben instalar en la frontera argentina). En Buenos Aires, Aramburu ha llamado a la elección Constituyente, que se realizará a fines del año 57. "Fronquizistas", "bengoístas" y "forjistas"⁷, además de los incipientes "neoperonistas", invitan a reconocer la Constitución del 49. Tanto Perón como Cooke se afirman en un abstencionismo estricto, para descalificar a esos herederos vicarios del peronismo que esgrimen a su favor la defensa de la Carta del 49, mientras que los exilados que la habían votado entonces, la tienen que hacer pasar a segundo plano.

Las antiguas autoridades del peronismo ahora sin Estado, esas gentes grises de comité y prebendas, que después de una breve prisión quedan como atontados en la ciudad que ya no gobiernan, se disponen a tender vastas líneas de negociación con los militares en el poder. Es inicialmente sobre ellos –y bien entendido, contra ellos– que se despliega la acción interna de Cooke, bajo la lejana observancia de Perón, quien tampoco confía en esos hombres. Aquí tenemos a otro personaje fundamental, que por momentos parece ser el otro vértice de un tenso triángulo: Leloir, la última autoridad constituida del Consejo Partidario peronista, que aún esgrime sus títulos. Es en el perímetro de ese triángulo Cooke, Perón, Leloir, o bien Santiago de Chile, Caracas, Buenos Aires, que se desenvuelve esta historia.

Es la historia de una sorda discusión sobre herencias. Del mismo modo, se trata de una discusión sobre los diferentes niveles de veracidad que tiene la palabra del lejano Perón, discusión que es denominada a través de una palabra que todos comenzarán a usar en su vocabulario. Apócrifo, esa es la palabra, que nos lleva a considerar los diversos planos de credibilidad que asume la correspondencia del exilado mayor que es el jefe de esos hombres que, al recibir sus cartas, deben enfrentarse de lleno con la cuestión de si son o no son, esas epístolas, apócrifas. Esto es, de falsa autoría.

El problema comienza con el documento que extiende Perón a Cooke, fechado en Caracas el 2 de noviembre de 1956, y que por su importancia, reproducimos aquí facsimilarmente, para que el lector lo sopesa en su intimidad caligráfica y sentimental. En él, por primera vez, se menciona la muerte de Perón –"en caso de mi fallecimiento"–, en términos que después será imposible encontrar en cualquier otra documentación surgida de la misma fuente. Fue escrito durante la prisión de Cooke en Ushuaia, de la cual fuga en un celebrado episodio, para radicarse entonces, como refugiado, en Chile. Perón piensa a Cooke como su sobreviviente, lo que no fue. Había motivos que en otras cartas son mencionados por el propio Perón: se preparaban atentados contra su vida, y uno de ellos se efectúa finalmente en Caracas.

Es sabido la importancia que el tema de sobreviviente adquiere en el interior de la sutil relación entre un comandante y sus subordinados. Importancia referida enteramente a cierta idílica inmovilidad que, de entrada, sirve para concebir esa relación. Un gesto tal, que suponga que alguien "vuelve de la muerte", o "escapa del peligro", etc., se convierte en un dinámico desestabilizador de la relación estamental que había sido fijada "eternamente".⁸ No serán aparentemente estas fintas con que la historia real interviene en las solidaridades ya trazadas entre los hombres, las que harán cimbrar los roles de esta pareja de correspondientes epistolares. Otros motivos habría: los iremos viendo.

Inclusive, lo que se dice, lo que se expresa, (ante una hazaña de Cooke) entraña sentimientos de alegría. Perón se muestra sorprendido y satisfecho cuando escapa de la cárcel su principal auxiliar, al que ya le había destinado la jefatura "de todas las fuerzas peronistas organizadas", conforme un mandato que incluía la "delegación del mando en caso de mi fallecimiento".

Lo que creaba problemas, en cambio, era la propia carta. Esa sí no había sido escrita en clave ni en tinta limón. Precarios sistemas de claves, éstos, que la primer resistencia peronista utiliza en forma balbuceante y que son los métodos de escritura sigilosa que todo escolar conoce bien. ¿Quién no escribió con "tinta invisible" en la escuela? Perón la llama "tinta simpática" – también lo hace así Cooke– y en una carta del 17 de julio del 57, el exilado de Caracas le dice presuroso a su hombre en Chile que "cambie todo". "Los gorilas ya saben que usted empleará tinta simpática (limón) y la clave que le había enviado".

Pero mucho antes que se notaran esos problemas, obvios por otra parte, que introducía el inusual gesto con que Perón piensa en su muerte y dona la jefatura que lo sucedería, la alegría de Perón por este Cooke que "volvía del frío", tenían concretas motivaciones. Perón es un escritor, en toda la extensión del término. Porque escribe libros –desde 1931 y aún antes es un prolífico autor– y porque su epistolario le exige largas jornadas frente a la Rémington. Una y otra vez, se queja. "Paso la noche prendido a la máquina de escribir, tarea imposible para uno solo", dice en una carta. Y en otra reitera: "Me paso diez o doce horas en la máquina". Precisa-ba a Cooke, y en algún momento se pensará en el traslado definitivo de éste a Caracas.

Resistencia peronista, entonces, que además de plantearse infinitos sabotajes –como dejar todas las canillas abiertas durante varios días, como sugiere Perón, o paralizar el suministro de petróleo al puerto de Buenos Aires, como intenta Cooke– es la obra primigenia de dos escritores.

Y como no podía ser de otro modo, la cuestión de la carta manuscrita delegando el mando, ofrece las dificultades que todo escritor conoce bien: por un lado, ¿escribir a máquina o a mano? ¿usar o no usar seudónimo? (Perón los usa: se llamará a veces Pecinco, otras veces, Gerente, avisando que "de ahora en adelante firmará así"; Cooke se llamará Pepe Canosa, Federico Zavaleta, Vidal, etc.), y principalmente... cuando se escribe bajo el supuesto que es la propia muerte anunciada del escritor lo que está en juego ¿se desea o no se desea que esa carta sea verdadera, verdadera de toda verdad, y no un arrebato pasajero, una impronta fugaz y por lo tanto, lindante con lo apócrifo?

Entramos ya a la zona problemática. Después de escribir la carta sobre su posible fallecimiento, Perón la refirma ante el padre de Cooke, comentándole, también por carta, lo que ha hecho. Pero agregando: "siempre he pensado si no le han secuestrado a su hijo esos documentos y si a eso obedecería la persecución despiadada de que es objeto". Sin embargo, el temor por el calibre del documento involucrado, no lo hace cejar en su idea, que resume en noviembre del 56 con un definitorio "obre como si fuera yo", anteviendo en ese caso las resistencias que ello provocaría. ¿Cómo conjurarlas? Pues con otro documento, en este caso "desautorizando a los que puedan invocar mi autoridad", pues "la nueva organización clandestina nada tiene que ver con esas autoridades caducas también". Claro y conciso. Mandaba Cooke y no Leloir.

Sin embargo, la designación trasciende y sale publicada por el vespertino A Noite, en Río de Janeiro. Por ese diario se entera Leloir. Sin embargo, "yo me he cuidado de no decir nada a nadie sobre su designación", reafirma Perón.

Ahora entra en escena el doctor Leloir, que le pide explicaciones a Perón, en una pieza epistolar de previsible contenido, donde proclama lealtades. Sigue la carta de Perón a Leloir en el correo de vuelta, encabezada por el sobrenombre de éste, "Pecarí", fechada el 10 de marzo en Caracas. "Cooke fue el único dirigente que se conectó a mí", le reprocha, "y el único que tomó una posición de abierta intransigencia... a pesar de pasar de una cárcel a otra siempre pudo llegar a mí". Es el Perón que se había sentido abandonado por los dirigentes del establishment peronista, quien se queja aquí. Por eso, le refresca a "Pecarí" el nombramiento de Cooke como reemplazante en caso de muerte, "pues los intentos de la dictadura de asesinarme hacían creíble que se pudiera lograr ese propósito". Faltaba cerrar el círculo informando a su "Jefe de Operaciones en el territorio", Cooke, sobre el intercambio de cartas con Leloir. "Le confirmé a Leloir que usted me reemplazaría en caso de que yo sea puesto fuera de combate".

Sin embargo, hay otros ingredientes en ésta comunicación de Perón a Cooke (lleva fecha del 21 de abril del 57). "Sentí miedo", dice Perón, "cuando usted hizo circular la autorización, por lo que le podrían hacer los de la canalla dictatorial, aunque me explicaba bien las razones que lo impulsaron a hacerlo. De cualquier manera no era una cosa secreta para los peronistas sino para los enemigos, de modo que ahora, libre usted, ha llegado el momento de hacer público, en la mayor medida, la designación suya para la dirección política integral del Movimiento". Esto implicaba, por un lado, que ya no había ninguna autoridad peronista reconocida en la Argentina. El Consejo Superior del Partido, Leloir, había dejado de existir para Perón. Pero por otra parte, queda una sombra de duda sobre si Perón deseaba efectivamente hacer pública, por lo menos de un modo exhaustivo y amplio, la plenipotencia que le habla otorgado a Cooke.

Muchas fotocopias de esa carta que el lector ya ha leído inserta entre las páginas de este artículo, circularon por las redes de peronistas resistentes en todo el país. ¿Estaríamos forzando demasiado las cosas al suponer que su autor debería sentirse en el torbellino de una acción consumada, irreversible? Ya no había marcha atrás, y sólo un pensamiento prohibido como éste podía justificar que en la cresta del material escrito por Perón, emergiese como un relámpago fugaz la duda: "Sentí miedo...", claro que un miedo cuyo origen explícito, enseguida el texto derivará hacia otras aguas. Dígase bien: no es que Perón desconfiase de Cooke, una relación que ambos califican reiteradamente como "sin reservas mentales" y en "comunidad de doctrina", (lo que el lector contemporáneo de la Correspondencia puede verificar hasta el máximo punto posible en que esas cosas pueden certificarse), sino que lo que estaba en juego era todo el patrimonio de un movimiento multitudinario, que en caso de muerte, quedaría en manos de Cooke, y que en cualquier otro caso, originaba una inédita y delicada situación. Perón, donador de un poder, de alguna forma siente que deberá compartirlo. Dicho de otra forma, la relación parece tornarse literal. La palabra y las decisiones de Cooke y Perón parecen superponerse, disminuye la brecha entre ellas, no al punto, claro, de oscurecer lo que Perón dispone y nadie puede compartir con él, el nombre, pero sí dificultando la zona de imprecisiones que rodean habitualmente al conductor. Esto puede situarse también de este modo: disminuye la imprecisión, aumenta la posibilidad de que Perón sea interpretado literalmente, porque disminuye la potencial posibilidad de apócrifos.

Veremos ahora que esto no fue así. Papeles apócrifos vuelan como grávidas mariposas de verano alrededor de toda la saga de Juan Perón y John Cooke.

Quienes primero se lanzan a falsificar cartas de Perón son los frondizistas y los bengoístas. Ya que son ellos los que se erigen en reivindicadores de la Constitución peronista del 49, los que postulan interceptar al "continuismo golpista" que se expresa en la figura de Ricardo Balbín, ¿cómo entender las demoras del obstinado e imprevisible titiritero que cuida perritos en un lugar tan remoto como Caracas y que aún no les ha dado carta blanca para poner un océano de votos peronistas en casilleros racionales y eficientes? ¿Por qué no "reventar urnas" o preparar el coup d'Etat contra el aramburato, como se dice entonces, en vez de plantearse lo que el tremendista Perón aconseja a partir de su cartilla de furias y exordios? ¿Cómo tomar en serio esas recomendaciones de fáustico exilado que recomienda "cortar líneas telefónicas", inundar las calles, "quilombificar", "tronar escarmientos", "vencer el terror con otro terror superior", "causar la ruina general", no pagar impuestos, y que aún dice: "me daría un gran placer si algún día en la obra en que yo trabajara tuviera a los oligarcas y a los petiteros acarreándome baldes de mezcla"? No, no lo entendían.

El mismo Cooke –que no se asusta por el llamado a los excesos jacobinos que imagina Perón– está absorto por la cuestión de las "cartas falsas", frente a la que el exilado mayor tiene una actitud serena, taumatúrgica. Escribe Cooke a Caracas, quejándose del volumen que llega a tener el montaje de cartas apócrifas. "Han fabricado un mensaje con lenguaje peroniano indicando que se vote al partido de Frondizi y le pusieron su firma". ¿Y Leloir? Los partidarios de éste también han fabricado una carta de Perón, "recortando letras de documentos auténticos y luego calificaron de apócrifas las instrucciones verdaderas... y mencionando su carta a Leloir como si fueran una ratificación de confianza, sin mostrar lo que decía". (Carta de Cooke a Perón en mayo 11 de 1957, desde Santiago de Chile).

El 3 de noviembre de 1956, ya el propio Perón se había expresado indirectamente, pero resutando gravedad, sobre el mismo problema: "Para nosotros es fácil hacer llegar las palabras de orden ya extensamente difundidas, que la canalla dictatorial se empeña en hacer creer que son apócrifas porque le tiene un terrible temor a la acción del pueblo".

De modo que hay "amigos de lo apócrifo" en todos lados. En el gobierno militar, en el "peronismo caduco", en los golpistas del general Justo León Bengoa (que se hace llamar "el león justo") y en los "integracionistas" de Frondizi. Perón tiende a quitarle relevancia a un problema que, sin embargo, conoce bien. Y llegará a reflexionar de este modo: "De usted nadie duda que está autorizado para actuar. La gente no quiere aceptar disposiciones si no son mías, y desconfían de todo, aún de lo escrito, que puede ser falsificado". En esta breve proposición cabe todo el dilema que atraviesa los encuentros epistolares entre los dos políticos argentinos. Cooke está "autorizado" para "hacer de Perón", pero Perón, el autorizador, mantiene fatalmente en sus manos la tiza indeleble que traza la separación entre lo que es falso y verdadero, y aún, la llave de la confianza de la gente. Una última vuelta de tuerca de esta situación, que hace de Perón el albacea de las creencias, es la simultánea convicción de que la gente duda de todo, "aún de lo escrito", y de que sólo autorización suyas –escritas– disipan las dudas.

Pero en un plano más empírico, Perón llega a reflexionar sobre un punto crucial: el momento preciso de pasaje entre su autoridad y la autoridad de Cooke. "Al principio seguiremos los dos,

usted hace llegar directivas a los Comandos de Exilados y yo también, y luego cuando se acostumbren, le dejo todo a Usted." En la misma carta, Perón muestra ocuparse tanto de una "confidencial" para extender autorizaciones de menor monta entre esos "comandos", como del envío de "armas y explosivos". Se precisaban identidades contundentes y no menos contundentes medios de acción.

Esa "zona de transición" entre los dos juanes –Juan Perón y John Cooke– era chequeado permanentemente, en especial por Cooke, quien dedica muchas piezas epistolares a realizar largas exposiciones conceptuales, diciendo: "Estos planteos son repetición de los de Usted. Le hago llegar mi versión a ver si interpreto con fidelidad su pensamiento". Quien tenía que quedar a cargo de todo, era también un intérprete.

La tesis del "Padre Eterno" y el affaire Ventura Mayoral

La "zona de transición" entre las dos jefaturas, (esa expresión es del propio Perón) aparece incorporada en una desmenuzadora reflexión que se emite desde Caracas (22 de junio del '57) a través de un curioso expediente. Se trata de una carta que manda Perón por medio de un emisario, Eduardo Colom, pero del siguiente modo: "La carta adjunta ha sido leída por Colom, pero ésta no. Es un sistema mío: doy a leer la carta, así puedo cerrarla, pero antes le agrego lo confidencial, sin peligro". Entiéndase bien: Perón entrega a Colom un documento menos trascendente, y luego lo coloca en el mismo sobre donde ya está el documento que realmente interesa, que será también transportado por el desavisado "correo". ¿Quería Cooke mayor prueba de intimidad?

Colom es portador de un doble mensaje: el que le está destinado, pues lo conoce, y el que lleva sin saberlo, dirigido a Cooke. Perón siempre actuó como quien tiene interceptada la correspondencia¹⁰, pero el sigilo, en última instancia, siempre precisaba del necesario complemento de una vía paralela que tiene por función debilitarlo, condicionarlo.

Esta situación, más que una curiosidad de la "profesión del conductor", es una completa metáfora de ella.

En esa carta, insiste Perón en el tópico obsesivo. Hay "boludos" –así los define– que son más "papistas que el Papa" e insisten en murmurar contra la jefatura de Cooke. "Todos saben que la dirección está en sus manos aunque por razones de táctica es conveniente que se siga pensando que soy yo, por su intermedio que conduzco las cosas además del conjunto". Como se puede apreciar, el problema subsiste, y esos "amigos boludos", al final, no hacían sino hacerse cargo de la imprecisa situación creada, en la cual aún era necesario que por "táctica" se creyese que el que mandaba en todo, seguía siendo Perón. Sin embargo, no hay motivo para suponer que estamos frente a un Perón excesivamente juguetón con un asunto que efectivamente lo angustia (pues en definitiva está tratando la cuestión de su muerte y herencia). Lo prueba el hecho de que quiere que Cooke sea el "Padre Eterno", metáfora con la cual reúne todo el "arte del conductor", encima de las pasiones particulares pero garantizando que ellas se expresen, en su arbitraria parcialidad, como parte de un espacio armónico, distante y superior a ellas.

Aquí, es refinado Perón para percibir el conjunto de problemas creados: "Usted podrá invocar de la mejor manera, como para que se lo «perdonen», mi nombre y mi orden . Entendido que,

para conducir, se necesita saber cargar con la responsabilidad y tener la libertad de acción suficiente como para poder defender esa responsabilidad. Yo le cargo con la primera, pero también le doy la segunda. Quedo yo, atrás de reserva, para aguantar lo que haya que aguantar". (el subrayado es de Perón; la importancia de este párrafo queda resaltada por el hecho de que lo incluye en el papel que pone en el sobre sin que lo vea Colom). Subsiste el dilema. Habría dos "padres eternos", uno de reserva, atrás de todo, mucho más "padre eterno" aún.

"No debe olvidar que Usted en esta tarea es una especie de Padre Eterno, que ha de dar la bendición a todos por igual", insiste. Aquí llegamos al tema crucial. La "bendición a todos", como se sabe, no era una habilidad del intransigente Cooke, y ese papel le exigía explícitamente otra actitud con Leloir. Lo que en realidad le interesa a Perón, es apaciguar a Cooke en relación al "caduco" presidente del Partido Peronista. Cuando le escribe a "Pecari", como ya vimos, Perón no rompe lanzas, aunque le confirma que Cooke estaba al frente de todo. Pues bien, lo mismo debería hacer según Perón el Padre Eterno Cooke. "Usted ha leído mi carta a Leloir. Es el tipo de acción frente a éste. Trate de no llegar a romper lanzas con él, nada ganaría con eso." Esto era así, porque Leloir encabezaba la "oposición legal", haciendo marchas de silencio, etc., que si por un lado "no engañan a la masa", por otro, no escapa al "pragmático" Perón, que esas acciones se hallan al alcance de la gran mayoría de los peronistas, que están muy lejos de tomar en serio el consejo sobre la insurrección cortando los cables telefónicos y creando el caos en las ciudades. "Mucho se hace cuando uno es tolerante, por lo menos en palabras", le recomienda a un Cooke que aún debe escuchar "disculpe que le diga estas cosas. Puedo ser su padre y me anima el deseo sincero de que usted triunfe".

Este párrafo nos pone descarnadamente frente al Perón pedagogo y maestro. Quiere transfigurarse en Cooke, pero a condición de que Cooke absorba al "Perón Conductor". Y sabe que el temperamento de Cooke, sólo con grandes vigilancias interiores conseguiría eso. Pues una cosa era aceptar que la Resistencia se compone de "insurrección", un "partido legal" y una eventual "coalición electoral" y otra era inclinar el sentido de las cosas hacia la gran olla peronista en la que siempre un Leloir condicionaría, aún desde una limitada función específica, el conjunto de las acciones revolucionarias. Sin embargo, esta situación no se había esbozado, hasta el momento, con nitidez.

Pero en el "vaticano peronista", las bendiciones urbi et orbi no dejaban de alimentar las zozobras. Nada permite suponer que Cooke rechaza a priori la formulación de hacer de padre eterno –formulación en la cual se inserta toda la sinceridad con que Perón realiza este planteo, pues si no, no emplearía esa metáfora nuclear de su sistema de palabras– pero tampoco sería ello obstáculo para que el Jefe de la División de Operaciones Adelantada siguiese advirtiendo los hilos cruzados que a cada paso van apareciendo. "Comenzó a circular una designación igual a la mía" –advierte Cooke a Perón– "pero en lugar de mi nombre figura el de Leloir". Parece que ésta última trapisonda la ha preparado el mismísimo Francisco Manrique en persona, en este caso para confundir a los frondizistas, que pretenden llegar a Perón vía Cooke. De este modo, Cooke no hesita –irritado– en insistir ante el propio Vaticano caraqueño para que cesen esas interferencias. Un militante de uno de los Comandos, cuyo nombre en clave es VSKSCUJ "afirma recibir directivas directamente desde Caracas. De ser así convendría evitarlo, para no fomentar la anarquía".

Reléase esta última frase. Ella retrata del modo más vivo posible el intento de Cooke de impedir el juego infinito de apócrifos, so pena de caer en la anarquía. Pero en el fondo, eso significaba, ni más ni menos, que interferir en el sistema de conducción de Perón, hasta un punto de inviabilidad semántica y operativa, que ni el mismo Cooke, ni el propio Perón por el momento, parecen percibir. Sin embargo, Cooke está cerca de llegar al nudo de la cuestión cuando, al pedirle a Perón que realice una comunicación específica a uno de los Comandos, le dice: "su escritura tiene un poder mágico". De ahí que fuera necesario hacerla más unidireccional, menos ramificada y errátil. Más unívoca y menos heteróclita. Estaba por verse si en esas condiciones, la magia seguía siendo magia.

Por otra parte, ocho meses después de la carta sucesoria para el caso de caer Perón "fuera de combate", aún las cosas no están claras. En junio del 57, hay otra versión del asunto: como no se puede conducir «de lejos, sino de cerca», la única solución fue investir de la representación total a Cooke. Ya no se explica ésta por la gravedad de la muerte sino por la desventaja de la distancia. Además, dirá Perón: "La verdadera designación que yo he hecho en Ud. y que por razones comprensibles no hemos oficializado aún, ha sido la solución de este grave problema de mi alejamiento del teatro de operaciones". De modo que faltaba aún la Oficialización. ¿En qué consistiría? Sea como sea, ella nunca se concretó.

Pero también está Napoleón. O mejor dicho, la metáfora "Napoleón", que como se sabe, es de especial agrado de Perón, desde sus tiempos de profesor del Colegio Militar. Toda la Correspondencia con Cooke está sobrevolada por el fantasma del Corso. En 1797, comenta, Napoleón recibe un ejército hambriento y lo arenga invitándolo a tomar los campos piemonteses ubérrimos y llenos de hermosas muchachas. "Quizás llegó para nosotros el momento de hacer llegar a la gente ciertas indicaciones", extrema Perón, y a la manera del conquistador del Piamonte, dispara el temerario consejo de convidar a que todos aquellos que tomen casas o bienes de oligarcas –en la futura revuelta general– se queden con ellos. (Carta del 22/5/57). Otro napoleonismo sucede cuando a vuelta de correo de uno de los detallados Planes de Acción que esboza Cooke, el satisfecho Perón recuerda que ante un parecido y atrevido Plan presentado por Napoleón para la campaña italiana, los políticos de la Convención determinan: "El que fue autor de este Plan, que venga a ejecutarlo". A partir de esa anécdota ¿qué le dice Perón a Cooke? "Usted está en las mismas condiciones y estoy seguro que los resultados serán similares." Al volver Napoleón de Italia, remacha olímpicamente Perón, ya estaba en condiciones de ser "dueño de Francia".

Formidable comparación. Ella operaba en el reino de las desproporciones y debía sobresaltar al medido y riguroso Cooke, que remite su pensamiento político a fuentes próximas al leninismo antes que al clasicismo épico napoleónico. Por lo demás, ¿no está Cooke con 37 años, mucho más allá de la edad del futuro "dueño" del país galo, que Perón dice ser de 25 años?

De cualquier forma, más allá de la obvia incomodidad de la comparación, ella significa reponer la cuestión de la herencia en otro terreno que no es el de las "cartas autorizadas", oficializadas o no. La pone implícitamente en el terreno de las jefaturas nacidas en batalla, en la lucha, cortando con toda la etapa anterior del peronismo, puntuada por dirigencias "estatalistas" oficializadas o no. Un Perón agonal, excesivo, enamorado de las campañas del "hombre del

destino" francés, buscando infatigablemente al arquetípico "joven maravilloso" y que ejemplificaba sobre las luchas sociales argentinas invocando la batalla de Jena o de Austerlitz, lo que estaba haciendo era imaginar ,el cuadro heroico y fantasmagórico de su límpida sucesión.

Sin embargo, Perón vacila, frente al treintañero Cooke. No sabe, en verdad, si pedirle que siga el "modelo napoleónico" o el "modelo del Padre Eterno". Para esto último, que evoca más la virtud (cuando todo lo napoleónico evoca la fortuna) ¿parecería más preparado Cooke? No lo estaba, no quería estarlo y sus esfuerzos para llenar ese "modelo", no eran entusiastas.

No se pueden dejar de computar, con todo, algunas tentativas de Cooke en ese sentido.

Cuando finalmente se firma el Acuerdo Perón–Frondizi, lo que implicaba un substancial cambio en la orientación política seguida por el peronismo hasta la Convención Constituyente de 1957 –sin que eso implicase abandonar el espíritu global de intransigencia e insurrección que animan la resistencia, aunque ahora –las consignas de abstención y clandestinidad se transformaban en "insurrección y legalidad " al mismo tiempo¹¹ – se crea una nueva situación en Buenos Aires. Ella exige otro tratamiento hacia los políticos "logreros, blandos, simuladores" y admite cierta tolerancia hacia la "delegación del Consejo del Partido", donde actúan entre otros los sindicalistas Olmos y Alonso.

Frondizi ya gobierna. En ese contexto,¹² una importante carta de Perón a Cooke muestra, quizás por primera vez con ese grado de transparencia, los arañones que ya ha recibido la relación entre los dos hombres. "Según las cartas que recibo", dice Perón, "hay un poco de mar de fondo contra Alicia¹³ y contra Usted, que no alcanzo a comprender por qué sucede, pero debo tener la franqueza de decírselo, evitando cualquier reserva mental, inaceptable entre nosotros. Creo que ustedes deben abandonar toda acción directa de ejecución y reducirse a la conducción estratégica si no quieren verse envueltos dentro de poco en un galimatías irresoluble". Es evidente que lo estratégico, aquí, paradójicamente implica una reducción de responsabilidades. Esa es la propia palabra que emplea Perón. Sin embargo, suaviza los términos al sugerir que esa situación, que llevaría al "galimatías", puede también ser provocada por algunos "vivos" que recorren el país "invocando el nombre de Cooke y Señora". Siempre el problema de lo apócrifo. Ahora no sólo Cooke es víctima de ello, sino también quien ve "usurpado" su nombre. Por otro lado, al afirmar Perón que "no alcanzaba a comprender" por qué se había creado "mar de fondo", dejaba abierta la posibilidad de que Cooke tuviera razón contra los "vivos", pero no era ya eso lo que importaba. De hecho, se reforzaba la operatividad del Padre Eterno, pero del lado de Perón, pues Cooke quedaba limitado a ser alguien que debía evitar el potencial "galimatías", y ya mucho menos a ser un potencial "par" de Perón.

Pero a pesar de esta segura intención de Perón de comenzar, a partir de ahí, a escuchar muchas más voces, Cooke permanece en la Jefatura de la División Operaciones, con sede en Chile, aunque bullen en Buenos Aires los grupos políticos del peronismo que ya están en condiciones de reclamar una nueva interlocución con Perón. Es así que en septiembre del 58, en carta numerada, Cooke se permite un dejo de ironía al comentar que algunos dirigentes de Buenos Aires, amigos suyos, se quejan de que él no los apoya como debiera. "Sucede, dice Cooke, que no puedo transferirme sus enemigos y tomar partido personal en la lucha de ellos. Ud. me ha insistido en lo de «Padre Eterno...». En efecto, todas las evidencias indican que cuando Perón le sugiere a "Cooke y Señora" que dejen los quehaceres "estratégicos", está efectivamente

pensando que su retirada del escenario de confrontaciones más directas, preservará su autoridad y su figura. No se trataría, pues, de una "defenestración blanca", sino de un intento de Perón de realizar, con quien habla declarado "heredero" menos de dos años antes, la "operación" de limitarlo para preservarlo y de preservarlo para limitarlo. Así lo hace pensar lo que escribe Perón, poco antes de la anteriormente mencionada carta a John William, en la que le recomienda que "no olvide mantenerse como Jefe de Operaciones adelantado sin intervenir directamente en los hechos que se provoquen, sino por interpósitas personas que pueden actuar mejor y escudar su situación de delegado mío. Este proceder impedirá que los ataques se dirijan directamente a usted y por su intermedio a mí. Es mejor que se vaya acostumbrando a ser «Padre Eterno...». El inagotable sistema de máscaras y velos que recomendaba Juan Domingo para John William, hacia que la relación de éste y aquél se ajustase en el sentido que quizás tornaría a Perón en el "Padre del Padre Eterno". ¿Sería Perón el "padre" de un Cooke que aún podía aspirar a eternidades?

Poco después, cuando Cooke escribe a Perón (2 de octubre del 58) que "nada se perdería con hablar con Bramuglia", uno de los dirigentes de la facción de los indulgentes que nada quieren con la línea oficial enragé de Juan–John, no se priva de exclamar, juguetón: "Como ve, estoy trabajando bastante bien de "Padre Eterno".

Es la antesala del progresivo debilitamiento de la relación, junto al vertiginoso surgimiento de la "perspectiva latinoamericana" en Cooke. Faltaba un año para que Camilo Cienfuegos y un muchacho argentino conocido por la partícula interpelativa clásicamente rioplatense, "ché", entraran con barbas crecidas, trepados en tanques Sherman de la segunda guerra mundial, a la ciudad de La Habana. Antes de eso Cooke había viajado a Río para entrevistarse con Prestes, el legendario jefe de la "columna" que había cortado en dos la historia contemporánea del Brasil, pensando en que un próximo acceso del trabalhismo de Goulart al gobierno –lo que en ese entonces no se verificó– abriese otra perspectiva "brasileira" para el peronismo.¹⁴

Pero precediendo todos estos juegos en relación al respectivo status de los dos Padres Eternos peronianos, encontramos un llamativo ejemplo en el cual se puede percibir de qué modo Cooke busca expresar sus incomodidades frente al "urbi et orbi" que emanaba de Caracas. Comentaremos a continuación el "affaire" Ventura Mayoral. Este es un abogado peronista que, en sus periplos Caracas–Buenos Aires–Chile, se convierte en portador de mensajes del exilado Perón. Uno de esos mensajes es anunciado por Perón en carta a Cooke, de 15 de octubre del 57. No sería nada excepcional si en esa misma carta, Perón no tomara en cuenta ciertas "pequeñas resistencias que se manifestarían" a la conducción de Cooke, realizada desde Chile. Sin embargo, sigue respaldándolo, en esa oportunidad, para "obrar con toda seguridad".

La carta de Ventura Mayoral, sin embargo, toca un tópico organizativo –"unidad de los peronistas, activamente y extensión de la organización", etc.– que se encuentra en la específica jurisdicción de la División Operaciones, a cargo de Cooke. Por otra parte, además de ser portador de esa "directiva" que refuerza disposiciones de lucha anteriores, Ventura Mayoral es también quien le lleva a Cooke la carta en que Perón hace disquisiciones sobre ciertos descontentos que origina su actividad chilena. Quizás haya empleado Perón el mismo "método" anteriormente referido a propósito de Colom –poner en el sobre dos cartas, la más reservada colocalarla antes sin que el portador la lea, mientras la otra sí la da a leer– pero lo cierto es que se

trata de una tímida reconvención que Cooke recibe de Caracas, que no puede menos que tornar algo amenazador el conducto a través del cual la recibe.

Respondiéndole a Perón, Cooke atribuye las resistencias a su jefatura a quienes no están luchando contra la Tiranía, mientras que los que "están en pie de guerra contra ella no tienen tiempo para perder en esas cosas", es decir: escribir cartas a Perón intentando desprestigiarlo. En una carta inmediatamente posterior refiere el procedimiento que adoptó en relación al mensaje con instrucciones que portaba Ventura Mayoral.

En esta actitud que asume Cooke frente a la documentación que llevaba el mensajero —la carta mencionada más una grabación que repetía el contenido de la primera— encontramos una miniatura en porcelana de todo el drama, de todas las paradojas del sistema de conducción de Perón. Cooke retiene la grabación pero no la carta, aunque ésta la envía él mismo desde Chile, después que Ventura Mayoral partiese (sin ella), hacia Buenos Aires. ¿Por qué retuvo la grabación? Así se lo explica al propio Perón. Una carta pidiendo la unidad de los peronistas —sobre todo en virtud de la próxima elección en la que se apoyaría a Frondizi— era deseable, dice. Pero no lo era una grabación de la que podían inferirse elogios a personajes como Bramuglia. "Se identifica a Bramuglia con el mal peronista, con el prototipo del canalla. La difusión de una cinta grabada donde todo ello aparezca como justificado por usted, crearía una gran confusión y desaliento. Al que ha estado preso, ha sufrido torturas y se ha jugado la vida —y en esa situación hay algunos miles de hombres que son la parte valiosa del peronismo— es muy difícil explicarles que automáticamente quedan equiparados con los que eligieron los atajos cómodos y trataron de sacar partido de nuestra caída. Por otra parte los grupos desviacionistas utilizarían ese mensaje para demostrar que decían la verdad cuando afirmaban estar cumpliendo consignas suyas y respetando sus directivas y persistirán en sus tareas de captación y se escudarán en este mensaje como un «navicert» para seguir dividiéndonos".

Así se expresa Cooke. Reléase este párrafo: se hará con él una experiencia completa, si es bien entendido, de reformulación de la tesis de conducción de Juan Perón. Porque en ella, todos se encontraban siempre a la misma distancia en relación al "centro solar" del cual emanaba el sentido de todo el sistema. Todos tenían la misma dirección frente al "nombre de Perón"; podían esgrimirlo e investirse con él. Y eso es así, es porque nadie reunía la posibilidad de completar su identidad peronista si no la inscribía en una red invisible y potencial que, en un momento dado, podía ser accionada por el totalizador de sentido, el conductor. En esa red, nadie era igual a otro, pero no por razones esenciales, históricas o estratégicas, sino por motivos funcionales. Desde la mirada del general en batalla, todas eran subjetividades imperfectas cuyo impulso vital se agotaría en la espera del llamado demiúrgico. La conducción era un arte que consagraba la intervención sucesiva de "electos", pero no se trataba de una elección que cohibía libertades, sino al contrario. En esa relativa puesta en suspenso del proceso histórico concreto (pues la asociación entre "conducción" y la clase social de los desposeídos, está regida por un vínculo exterior, solamente ético), todos tenían el papel que les reservaba tan solo lo que "ontológicamente" eran. Para que el conductor sea eficaz, nadie debía transformarse en la acción, sino expresar en ella exactamente lo que se era.

Para Cooke, que parte de una tesis sobre la "conciencia social" influida por las clásicas tradiciones dialécticas (en las que la acción históricamente más intensa es realizada por conciencias

diestramente abiertas al mundo, que se transforman en el curso de esa acción) esa visión de Perón contenía la simiente de una trágica injusticia: equiparar lo "más valioso del peronismo" con el peronismo blanduzco y negociador.

Se podrá suponer que una vez impedida la circulación de la cinta grabada de Perón – acontecimiento primero y único en la historia del peronismo–, Cooke debería ser considerado un transgresor inaceptable, un arcángel violador de las lógicas que entregan viabilidad a los actos políticos en el peronismo.

No fue así. Una semana después Perón contesta disculpándose. Vamos a leer por extenso lo que en aquella oportunidad, el Bebe Cooke encuentra en esa misiva de Teodoro (Es por esa fecha que Perón firma "Teodoro" mientras que Cooke elige un insólito "Ruperto" como seudónimo). Dice entonces Teodoro, este Juan Perón que relativiza su acto: "Yo sigo siempre la norma de atender a todos por igual, porque no olvide que soy algo así como el Papa, encargado de la bendición apostólica urbi et orbis. Dentro de ese concepto, no puedo negar nada dentro de mi infalibilidad que, como todas las infalibilidades, está basada precisamente en no decir ni hacer nada, única forma de poder asegurar esa infalibilidad. Usted es el encargado de decidir y a usted lo remito (...) Yo hace tres meses que no escribo una sola carta a nadie en los Comandos de Exilados, ni a la gente de Buenos Aires, a fin de que nadie pueda exhibirla con fines semejantes. A Ventura Mayoral le di una carta y una cinta porque pensaba que ello podría armar voluntades, siempre dentro de mi función de Padre Eterno que bendice a todos, pero a condición de que profesen. Me parece muy bien que usted haya retenido la grabación por las razones que me dice y en las que yo no había reparado".

Como podemos ver, todavía estaba Cooke en condiciones de "interceptar" la lógica de la "bendición a todos por igual", obteniendo de Perón la admisión de que no había reparado que con eso creaba problemas. Este reconocimiento de Perón es simplemente imposible de encontrar en cualquier otra situación de su larga biografía política. Pero al mismo tiempo también estamos frente a una precisa definición de su rol de "santo padre" de los peronistas. Es infalible porque no dice nada ni nada hace.

Pero si fuera Perón una pura simbolización –como sugiere esa idea de infalibilidad basada en una suerte de inercia totémica y panteísta– también puede suponerse que ya no había historicidad para su elección de Cooke como delegado y sucesor eventual. A esa decisión habría que ponerle ahora al lado de otros tantos hechos que sólo pasaron por la conciencia de Perón como si fuera un espejo que absorbe reflejos dóciles y que los devuelve con puntualidad.

En realidad, en la Correspondencia asistimos dramáticamente al pasaje definitivo de Juan Perón, desde una tesis de conducción que tiene en su centro la actividad subjetiva y enteramente responsable del conductor ("en la conducción, nadie hace nada por el conductor de modo que él tenga algo que agradecerle") hacia una tesis de conducción solamente especular, en la cual sólo ofrece una pantalla ultrasensible pero pasiva, apta para que cada sujeto se vea reflejado en la *communitas* de sus propios gestos y acciones, tal cual un "action painting" colectivo forjado por las luchas argentinas.

Y en este pasaje, también comprobamos cómo cambia el concepto de "auxiliar de conductor", tal como está originariamente formulado en los Apuntes de Historia Militar.¹⁵ Se postula allí

que el auxiliar "no debe ser inteligente", lo cual es un motivo de extrañeza: Perón no es "moralista" sino "intelectualista" cuando juzga la relación entre "el bien y el mal". Como Monsieur Teste, su fuerte no es la estupidez, y dice que son los torpes e idiotas los que no tienen remedio, mientras que los inteligentes siempre pueden ser, a pesar de ellos, reconducidos hacia la "acción buena". Con Cooke, el lugar del "auxiliar" es llenado por la inteligencia. Después, parece que retorna Perón a su antigua convicción sobre las "pocas luces" que deben tener los que se hallan a su lado. Quizás por ahí se vuelca ese dato "lopezrreguista" que en el periodo madrileño, post-cookiano, dimensiona el círculo doméstico del conductor.

El drama de Perón: precisaba de un heredero a la altura. Pero entonces ese heredero lo condicionaba exigiendo la coherencia en sus "bendiciones".

Bajo el signo cubano

Por su parte, Cooke nunca romperá con Perón, aún luego de su efectiva sustitución por Albrieu y Alberto Campos, que inician una larga serie de "delegados personales, tácticos, etc.—", que culminaría en Héctor J. Cámpora, precedido por el colorado Paladino. Precisamente Paladino¹⁶ aparece en una posición ya problemática en la Correspondencia, pues al igual que Ventura Mayoral, está en el centro de la querrela sobre esa infalibilidad del Padre Eterno, quien la ha "fabricado" emitiendo y silenciando fantasmales destellos de voluntad.

Como se sabe, Cooke siguió escribiendo —generalmente de forma unilateral— a un Perón que, de tanto en tanto, responde alguna misiva. El acto final de entibiamiento de la relación es contemporáneo con la Revolución Cubana. En 1960, Cooke está en La Habana —ya no es delegado de Perón— y le escribe a Madrid, ofreciéndole una comparación entre el movimiento de Castro y el peronismo. Ambos, movimientos de liberación, pero el primero más ajustado a los tiempos. De modo tal que los peronistas deben estudiarlo, apoyarlo e inspirarse en él, pero en las condiciones concretas e históricas de la Argentina. El peronismo queda convertido en un "movimiento maldito" —primera vez que aparece ese concepto en Cooke— combatido por la oligarquía, pero también por la izquierda, que no lo ha comprendido. Cuba es el "manantial" dice, pero el peronismo es imprescindible para la liberación americana. "Es esencial que haya pruebas de que estamos con la Revolución Cubana." Perón ya le había escrito —comienza a llamar Bebe a Cooke pero éste intercala un seco "general"— diciendo que todos los pueblos latinoamericanos están con "Cuba y con Fidel", que tienen la misma línea intransigente del peronismo. ¿Y acaso el exilado ahora en Madrid no dice "tenemos el mismo signo" que la revolución cubana? Cooke responde: sí, nada hay más parecido a un mitín en la plaza cívica de La Habana que uno de nuestros actos en Plaza de Mayo.

Sobre este subsuelo de nuevas coincidencias de alcance continental, deliberadamente realizadas por Cooke y Perón (mucho más, es cierto, por el primero, mientras el segundo deja sentada su opinión de modo si no forzado, por lo menos escueto) se desenvuelve el último tramo de la Correspondencia.

Cooke, a partir de allí, escribe largos mensajes con el tópico que lo obsesiona: sin peronismo no hay revolución, pero no todo el peronismo es revolucionario; sin la izquierda no hay revolución, pero no toda la izquierda sabe entender al peronismo. Largas reflexiones éstas en donde debemos encontrar el germen de su "teoría de la burocracia" y del "gigante invertido", al

mismo tiempo que la laboriosa interpenetración intentada para referir mutuamente la historia del peronismo y la historia de las izquierdas liberacionistas, en el bastidor de la revolución latinoamericana.¹⁷

Surge de este esfuerzo de reconstrucción de la historia argentina y del peronismo a la luz de la situación que Cuba introduce en el continente, la atribución de un nuevo papel al Partido Comunista, sujeto ahora a una antevisión que no le ahorra críticas por su anterior reformismo, pero que también le promete, si hubieran nuevos encaminamientos estratégicos, un encuentro con las masas peronistas. Así surge de un informe que Cooke elabora para ser leído por Ernesto Guevara y Fidel Castro en 1961.¹⁸

El tono de éste último informe –relativamente reservado– no cede un palmo en su valoración de Perón como el líder de masas en un continente donde apenas brillan escasamente un Brizola o un Juliao en el nordeste brasileño, lo que hace indispensable que el peronismo encuentre una nueva dimensión revolucionaria que reate, desde el cono sureño de América, la tensa cuerda insurreccional de las masas latinoamericanas, que ya tenían en su haber el fulgor positivo que había bajado de la Sierra Maestra. Mientras tanto, sigue la Correspondencia que registra el póstumo intento cookiano para fusionar en el mismo espacio histórico, al cuerpo del "querido general" –así, y también de "querido jefe", lo sigue tratando– con la gesta de los herederos de José Martí. Pero no, Perón no iría a establecerse a La Habana, como le pide Cooke para poner fin a la incómoda situación de un Perón que no podría vivir más tiempo del "fetichismo del líder" y "al margen del movimiento mundial".¹⁹ "España es un símbolo de todo lo que usted no es", casi implora Cooke. Aún en 1965 subsiste el tema del traslado a Cuba, que Perón no descarta aunque no cree que sea "lo más racional". (Anteúltima carta que escribe a Cooke, fechada en Madrid el 8 de febrero de 1965, cruzada en el encabezamiento por un "muy confidencial", que recordaba los viejos tiempos de la tinta limón invisible, los nombres supuestos y las precarias claves de los mensajes cifrados). Ocho años habían pasado.

Perón le habla atribuido a Cooke, –ya sin funciones en el movimiento peronista, una tarea "apostólica"²⁰, y lo que efectivamente se mantiene en el intercambio entre los dos –cuyo peso mayor recae sobre un prolífico Cooke antes que sobre el cauto Perón– es la "atemporalidad" de la relación, ya no sujeta a los movimientos confusos y quebradizos que ofrece la escena argentina sino a lo "medular" de las grandes líneas históricas de transformación social. Para emplear un concepto que Perón después popularizaría, este diálogo se torna "desencarnado", pues ya no le pertenece la musculatura calcárea de la política argentina tal como se hace en la cotidianeidad del peronismo "sub-especie burocraticorum", sino el espacio quizá platónico de la relación trabada por dos estrategias que divergen en un retirado jardín de turbulentas delicias. Cooke, con todo, se queja. Una de sus últimas cartas, del 66, informa sobre la Conferencia Tricontinental de La Habana²¹, e indica: "Mis argumentos, desgraciadamente, no tienen efecto. Usted procede en forma muy diferente a la que yo preconizo, y a veces en forma totalmente antitética. Pero aunque usted sea invulnerable a mis razones, lo que indudablemente me reconoce es que no tengo reservas en exponerlas, que soy claro en mis puntos de vista y que las pocas veces que le escribo, comienzo por demostrarle mi respeto al no hacerme el astuto, disimular propósitos o disfrazar concepciones".

Habían usado nombres falsos, se habían llamado Ruperto y Teodoro, Vidal y Pecinco, Zabaleta y Gerente..., habían imaginado un nuevo poder popular en la Argentina, juntos. Y por sobre todo, habían hecho circular en sus cartas todo el drama del conductor, que debía hablar y al mismo tiempo dejar abierta la ventana de lo apócrifo, que proclamaba el reinado del caos y llamaba a mantener las formas severas del orden de conjunto, que protestaba por la cruda insinceridad de la política y desparramaba astucias por doquier. Ese drama sólo podía encajarse en una cáustica pregunta: ¿había para el conductor un lugar sin astucias, un lugar sedante y despojado donde el habla del político contase apenas con su resonancia literal y significase una sola cosa y apenas esa? Si esta pregunta informa de un modo pertinente sobre este drama, quizá pueda pensarse que ese lugar sólo podía encontrarlo Perón en el diálogo con su "primer delegado" y Jefe de Operaciones, ese Cooke con el cual los senderos ya se habían bifurcado.

No era fácil escribirse en esas condiciones. "Hacía tiempo que no le escribía –dice en otra oportunidad Cooke– de lo que usted tal vez se alegrase..." Las protestas de cariño –palabra de Cooke– van sucediéndose sin que disimulasen la pesada tarea que era escribirse. Es cierto que Perón no debía alegrarse al recibir noticias de su incómodo corresponsal habanero, que hacía circular su foto vestido con el uniforme del Ejército Rebelde, del cual participa, repeliendo la invasión de Bahía Cochinos, como miliciano, bajo el N° 1331 en el Batallón 134. Pero también es cierto que no deja en ningún momento de reconocerlo como interlocutor aureolado de aquella "pureza" que en el 56 lo había llevado a "poner el ojo" en él, lo que también ya casi en el cenit, le dicta las palabras con que responde a un corresponsal de la BBC de Londres: era 1973 y Perón se instalaba en Gaspar Campos con aquellas calles laterales llenas de gente. "¿Cooke? Cooke fue un prohombre de nuestro movimiento".

Una carta de 1966 –Perón en Madrid para Cooke en París–, contiene una letanía sobre el "arte de conducir", que lleva de inmediato a la pesimista cuestión del "hombre político". Dice Perón: "Al final, no hay hombres buenos ni malos, más bien todo depende de las circunstancias, aunque para conducir es siempre mejor pensar que muchos son malos y mentirosos". Tema circular en el viejo general, condenado a pensar animadamente sobre la marca caótica de toda realidad, queriendo modelarla, y sobre las infinitas máscaras de la acción política, queriendo desnudarlas despechadamente en lo que podrían tener, quizá, de inteligentes y verdaderas antes que de falsas y mentirosas. Un escritor argentino empecinadamente alejado de este mundo soberbio y alucinante de revoluciones, seguía por su parte tejiendo sus inacabables reflexiones sobre esos mismos tientos temáticos –el caos, lo apócrifo, el destino, la esquiva verdad y la finitud gloriosa de las cosas– como el involuntario eco que la literatura le ofrecía en contrapunto a la historia política argentina.²²

En esta misma carta que citamos le dice al "querido Bebe": "Isabelita a quien preparé durante diez años, está allí en acción". Se trataba del viaje de Isabel Perón para mediar en las elecciones de 1966, en ese caso, contra la candidatura mendocina que apoyaba el vanderismo. Fracaso pedagógico de Perón²³, lugares vacíos que dejaba ese Cooke que luego se convertirían en el territorio donde se sitúan reemplazos y tentaciones. Vendrán después los montoneros, malos lectores de la misma historia argentina que dijeron hacer retornar justiciera por sus manos. Ellos se incorporarán "deshistorizados" al mismo conjunto de dilemas, lenguajes y dramaturgias que en la Correspondencia había exigido tanto tacto, tanta sutileza.

sutileza.

La Correspondencia Perón–Cooke es en verdad un vasto documento sobre la revolución en la Argentina, servido por un tejido de valoraciones y juicios sobre las cosas, que en el rápido tacleo de las máquinas de escribir –o de la tinta simpática– con que eran elaborados, traducían las resonancias de los pensamientos políticos más sugestivos de todos los tiempos. (Y por los cuales, se podía inferir si valían o no valían la pena los sacrificios, arabescos y equívocos en los que se metían los que vuelta y media escribían la palabra historia con la primera letra "mayusculada" por la Olivetti portátil). Obra clásica compartida, la Correspondencia nos permite medir hoy la enorme distancia –no ya de circunstancias y contextos, lo que es obvio, sino de opciones teóricas, antropologías políticas y tamaños de vida– que va desde aquella carta hasta estas parlerías de hoy, que no siendo innecesarias, no siempre nos demuestran ser sustancias.

Perón pensando su muerte y herencia (lo que siempre hizo, llegando finalmente a la cruda frase del 12 de junio del 74)²⁴, Cooke forzando el contacto del peronismo con la modernidad; Perón entrenando los instrumentos conceptuales del "arte de conducir" fuera del Estado, en un suelo de transformaciones mundiales donde se topa con un Mao, un Ché, una Argelia independiente (lo que le exige aquellos infinitos malabarismos, ora festejados como sabiduría, ora condenados por incoherentes), Cooke cerrando sus trabajos con un final escéptico y quien sabe desencantado²⁵, –los dos conforman el "histórico tablado", la maratón discursiva que puntúa el momento más lírico del peronismo y al más feliz de los luchadores.

Claro: vistas esas cartas desde el punto de vista de lo que ellas "encerraban como virtualidad"²⁶, se podría decir que ni Cooke acertaba con su vía regia cubana, ni Perón en su ensueño de "llegar con todos". El joven muere antes y el viejo, que quería dejarle todo, lo sobrevive y se va incompleto y airado. Eso ya fuimos nosotros quienes lo vimos. Modernidad, revolución, originalidad nacional e ideologías de época, ya no pudieron ser pensadas en común. No es cierto ahora que debamos ser continuadores del pasado que no fue. A fuer de verdad, nunca nadie lo es, por más que diga escuchar "lejanos mandatos". En ese caso, mal se busca ser "nuevo" bajo ropajes antiguos que parecerían más dignos. Mejor sería reconocer rupturas, saber que somos otros, pero que cabalmente lo seremos si conseguimos releer esas voces antiguas, muy terribles, sin advenedizos temores.

Notas

1 La polémica sobre la autoría del Plan de Operaciones de Moreno, "para garantizar la gran obra de nuestra libertad e independencia", es prácticamente irresoluble. En los años 70 era más fácil pensar que era verdadero, ahora es más fácil pensar que es apócrifo. Cuando lo publicó, el historiador Norberto Piñero insistió en que había salido de la pluma de Moreno. Los "morenistas" de cuño más escolar, siempre lo negaron, escandalizados por la larga serie de sigilos, disimulos y atrocidades que allí se propone como norma política. Galasso defiende hasta hoy la responsabilidad moreniana en esa pieza que asimila el buen gobierno a la acción de cortar cabezas enemigas y "armar la libertad con puñal". El hecho de no ser historiadores profesionales –ni de ninguna otra clase– nos pone en mejor situación para esbozar una hipótesis, o en el camino para trazar una hipótesis. Podría cotejarse el Plan no con la Representación de Hacendados (a la cual se contraponen por la concepción económica) sino con el Decreto de

Supresión de Honores, con el cual se contraponen en relación al tema de la visibilidad y literalidad del poder. Mientras que el Decreto proscribía todo poder mimetizado en oropeles y fastuosidades que encubren la pureza republicana, en el Plan el poder surge de la capacidad de encubrir, disfrazar y torcer las intenciones originales, mostrándolas de modo diferente a como son. Si el Plan es falso, Moreno sería mucho menos contradictorio y un prócer menos atractivo. Si el Plan es verdadero, Moreno adquiere otras dimensiones, ciertamente terribles, y no apenas explicables por influencias jacobinas. Digo esto –que no resuelve la cuestión, pero la relocaliza en otros términos–, llevado por una anécdota de mi cosecha. Habiendo dado una charla en la Facultad de Económicas de Buenos Aires, meses pasados, sobre la Correspondencia Perón–Cooke, uno de los asistentes (se trataba de militantes de la JUP Capital), preguntó sobre si había certeza sobre la autenticidad de esas cartas. Aunque la respuesta sólo puede ser que la certeza es total, era pertinente la inquietud del joven militante peronista. Hoy parecen vaporesas aquellas cartas. Y aún más, ellas tratan obsesivamente la cuestión de lo apócrifo, de la información falsa y de la substitución engañosa de la verdad.

2 Ernesto Goldar, en su opúsculo *John William Cooke y el peronismo revolucionario* (CEAL, 1985) insiste en presentar la Correspondencia como una contraposición de Perón con Cooke desde el vamos. En un sentido, lo es. Pero en el sentido en que toda correspondencia epistolar, aun la declaradamente amorosa, exhibe u oculta antagonismos de diverso tipo. En nuestro caso, no puede reducirse la complejidad de esta relación política a un enfrentamiento ya contenido como "esencia" desde el inicio de la correspondencia. Si fuera así, se omitiría toda la cuestión de la herencia y la reflexión de Perón sobre su propia muerte, tanto como la libertad absoluta con que Cooke escribe. Incluso puede decirse que Cooke siempre le "escribió" a Perón, aún cuando elabora informes para el Ché o cuando escribe su célebre Informe a las Bases en 1966. Sean las "bases", sea el Ché, el lugar de la interlocución, para Cooke, siempre está ocupado por un Perón que lo escucha o por un Perón que no lo escucha, en este último caso travestido de "revolución cubana" o de "peronistas revolucionarios". Todo Cooke está en esa Correspondencia, y sus otros escritos, poco agregan. Por lo demás, el trabajo de Goldar reviste cierto interés. También él percibe el matiz que implica el uso del apelativo "Bebe" por parte de Perón, y reconstruye apreciablemente bien el clima espiritual en que uno y otro escribían. Se equivoca al despreciar a Perón por su uso de la metáfora "napoleónica", pues el hecho de que los respectivos lenguajes, el de Perón y Cooke, fuesen diferentes, estaba perfectamente asumido por ambos. En todo caso, la imprecisión de Perón frente a los puntillosos planes insurreccionales de Cooke, no quita grandeza al diálogo ni habla en disfavor de ninguno de los dos escritores.

3 La "referencia rusa" es constante en Perón, y no escasean las ejemplificaciones, en la Correspondencia, extraídas del proceso revolucionario que lleva a la Revolución de Octubre. "Si aparece un Kerensky un Trotsky no nos ha de faltar", repite Perón. El tema de la "insurrección como obra de arte", a la vez, es tomado por Cooke de las clásicas obras sobre el particular de Trotsky (*Historia de la Revolución*) y Lenin (*Consejos de un Ausente*). Por otra parte, la acusación de "trotskistas" que tanto Perón como Cooke reciben del gobierno, es interpretada por Cooke como un intento de hacerlos quedar mal con los comunistas argentinos, "que tienen una influencia en las esferas oficiales" –se refiere al gobierno de Aramburu– "mayor de la que imaginamos". Hasta el Pacto con Frondizi, Cooke está influido por una idea de "toma del poder" más o menos rápida, basada en que "ni los de arriba ni los de abajo" puedan más en su

actual situación. "Esto termina cuando usted vuelva a la Rosada", se entusiasma. De ahí la rigurosa abstención y votoblanquismo en el 57 (elecciones constituyentes) aún en contra de los que proponen, como el frondizismo, la "vuelta a la Constitución del 49". Cuando se abre la época de Frondizi, Cooke se inspira en la revolución de 1848 en Francia, que se hizo no contra un déspota, sino contra un rey burgués, o en la rusa de 1917, que se hizo contra un Zar que era "un dechado de bondades comparado con los demás". Ya en ésta época, ingresan las metáforas maoístas sobre las "campañas rápidas en un contexto de guerra prolongada", y no a la inversa (campaña prolongada y estrategias de decisión rápida). Al mismo tiempo, surge un pensamiento soreliano en Cooke: "tenemos un jefe y un mito revolucionario".

4 El "destino", en Perón, es un complejo concepto que reúne todo el sentido de la historia y le permite pensar su propia situación de "conductor", atravesado por batallas y decisiones que conjugan el acaso y la planificación. Molde clásico de la política que le permite dialogar con un Cooke "laico", sobre el mismo suelo revolucionario. El concepto de "Hecho Nuevo", en Perón, está precisamente relacionado con la cuestión del "destino", en la medida que saca a los hechos históricos de su prisión institucional. Con todo, a esta "novedad" la equipara a todos los movimientos que escapan de el orden político convencional, ejemplificando con la Revolución Rusa, y también con Hitler y Mussolini (tema de una carta de septiembre del 56, que no se repetirá en el resto de la Correspondencia, aunque reaparece más de 10 años después en el escrito titulado La Hora de los Pueblos). En sustancia, el "hecho nuevo" es definido como una "insurrección nacional", lo que permite un amplio terreno de hipótesis, que se van entrelazando en el diálogo con un Cooke más "leninista".

5 El "caos", la "quilombificación" de todo, es un concepto que Perón sólo utilizará en los años 56 y 57, fundado en la idea de que la insurrección sólo es posible desorganizando la coherencia de los gobiernos de turno. "Ordenar el caos", sin embargo, fue siempre una de las categorías básicas de su pensamiento, extraída del zumo más clásico de las estrategias militares. En ese momento, asocia "caos" a "venganza", e imagina el valor constructivo del odio, que "asegura la intensidad del ideal". Cooke no lo acompaña en esos pensamientos.

6 Traducir en términos de clandestinidad e insurrección al enorme mamut que era el peronismo que acababa de caer derrotado en el 55, era una empresa ciclópea. Cooke compara la destreza para "cambiar de tácticas" del peronismo a la de un elefante –aún no surge la idea de "gigante invertebrado"– por lo cual recomienda pocos desplazamientos en ese sentido (tal como los que se podría dar a sí mismo un partido más monolítico). La primer organización de la Resistencia en el 56 y 57 parte de una Jefatura de Operaciones con sede en Chile, directamente ligada al Consejo Superior (Perón) que reemplaza a la Conducción del Partido (Leloir) que ha cesado en sus funciones (con los problemas que eso acarrea, según comentamos en el texto). Antes que se profundice ideológicamente la cuestión de "blandos" y "duros", primera contraposición con la que Cooke piensa los conflictos interiores de los peronistas, el peronismo en la resistencia está organizado a través de la mencionada jefatura de operaciones y un "dispositivo" –así lo llama Cooke– que incluye a los Comandos de exiliados en el exterior, del cual el más importante es el de Chile, a cargo de "G1", de Paraguay, que opera radios clandestinas, Bolivia –Cochabamba y La Paz–, Uruguay (donde las condiciones son difíciles, a cargo del "compañero FJYVUQQP, buen peronista"), y Brasil, donde irresponsablemente se "tira el dinero" imprimiéndose láminas con la efigie de Rosas; los Comandos clandestinos, que actúan en

Argentina; la CGT "Auténtica" de Framini ("me hubiera gustado un hombre más resolutivo y con ideas más claras", comenta Cooke); la Intersindical, en la que los peronistas (Cardoso, de la carne) terminan predominando sobre los comunistas; las Organizaciones semilegales; las organizaciones de intelectuales (menciona Cooke a Fermín Chávez y Castiñeira de Dios) y de abogados, escasos para defender a tantos peronistas presos (se menciona a Fernando Torres). Abundan las publicaciones: Mayoría, de Tulio Jacobella, (apoya a Bramuglia pero luego publica Operación Masacre de Walsh); Santo y Señá, de Leloir; Palabra Argentina, de Alejandro Olmos y Salvador Ferla, cercanos al padre Benítez, a quien Cooke considera "ególatra"; Soberanía, de Sobrino Aranda; Resistencia Popular, de Damonte Taborda, "un conocido sinvergüenza pero buen periodista"; Palabra Obrera, del grupo trotskista de Nahuel Moreno, que sale con el lema "Bajo la orientación del General Perón y del Consejo Nacional Justicialista", (lo que los convierte en "más papistas que el Papa"); El Guerrillero, de Lagomarsino; además de intentarse republicar el periódico De Frente, cuya "marca" posee Cooke y saldrá con un logotipo que representa al Bebe de perfil, escribiendo a máquina. Hay mucho más en esta "jalea" heterogénea e inverosímil. Desfilan por la Correspondencia una increíble cantidad de personajes, lo que la convierte en un almácigo insuperable para un retrato completo de la época, y cuyo estudio completo exigiría muchas "horas hombre" de lectura. Kelly ocupa un lugar central, y los juicios que merece de Cooke como de Perón, son contradictorios. Confíase en él para misiones de sabotaje. Cooke "le toma afecto" en la cárcel. Perón dirá que "hay que tener cuidado con Kelly, que es un gran muchacho pero que precisa que de cuando en cuando le tiren un poco de la cola"; sobre Vandor, "tiene mucha fuerza en metalúrgicos", dice Cooke, "y es un hombre bien peronista"; sobre Saadi, "es el más vivo" buscando replegarse a posiciones "intransigentes", ya que venía de posiciones "conciliadoras", pero siendo un "turquito valiente" –juzga Cooke– buscó salvarse con gestos que lo acercasen a la "línea dura". Una galería de perfiles biográficos, densa, patética y abigarrada, aparece en estas páginas que se escriben Perón y Cooke, y en la cual se trazan portraits severos y jocosos de todos los personajes de la política argentina, sorprendidos en un gesto o en una actitud juzgada a vuelapluma a veces, con agudeza habitualmente, que sugiere "pinturas biográficas" muy concisas pero casi siempre abiertas al desarrollo histórico político argentino, que las iría cincelandando y completando de modo bien diverso.

7 Sobre los "forjistas", un capítulo aparte. No es buena la impresión que causan en Cooke, que además los sigue llamando de ese modo, cuando el grupo FORJA formalmente hacía más de 10 años que se había disuelto. Los problemas con Scalabrini Ortiz y Jauretche, estallan cuando éstos se oponen a la táctica del "votoblanquismo", de Perón y Cooke. Tanto Scalabrini como Jauretche se inscriben en la argumentación anti-insurreccional, de un modo decidido, y proponen votar contra el "continuismo" en la elección Constituyente del 57, lo que significaba el apoyo a Frondizi (mucho antes del acuerdo que después firmarían Perón y Cooke con Frondizi y Frigerio). Preocupado por la posición de los "forjistas", Cooke le comenta a Perón: "Hay un vasto sector de clase media muy sensible a argumentos de este tipo (se refiere al rechazo a la vía insurreccional) pues son enunciados por hombres de prestigio intelectual y sindicados como peronistas". Agrega Cooke en otra carta, "prendieron mucho la prédica de Frondizi y los razonamientos tipo Forja, en la Capital Federal. Los porteños, en cuanto alcanzan cierta posición económica, ya entran a considerarse "pensantes" y son muy vulnerables a la prédica de la revista "Qué", de los "forjistas", etc." La Revista Qué era dirigida por Frigerio. En ella escribe Scalabrini Ortiz, durante un breve período. En otra misiva, sin mencionar a los forjistas, Cooke

reflexiona sobre algunos sectores políticos que apoyan a la "línea blanda" del peronismo, extirpándola de mística revolucionaria. Los llama "papanatas reclutados en la clase media; especialmente en el sector profesional". Representarían, juzga Cooke, a una parte avanzada de la burguesía, pero que aún sigue pensando en términos yrigoyenistas, "sin comprender que Yrigoyen fue el último gran político del pasado y Perón iniciador de una nueva época... son progresistas en relación a una época ya perimida, pero reaccionarios con relación a las nuevas formas que toma la lucha por el poder social en la Argentina". Sin embargo, la opinión sobre Frondizi no es tan cáustica, pues se trataría de un político que ha abandonado "el vago misticismo radical para tomar contacto con expresiones del fenómeno inédito", esto es, el peronismo.

8 Sobre la cuestión del "sobreviviente", tomamos de Elías Canetti (en *Masa y Poder*) la siguiente reflexión. El sobreviviente encarna un poder, simplemente porque se siente con vida pudiendo estar muerto. Entonces, posee más vida dentro de sí. La situación que se crea con los jefes, es conflictiva. El sobreviviente se convierte en una potencial amenaza para los jefes. Pero la más peculiar de todas las relaciones es la que existe entre el jefe y su sucesor. Uno puede no querer morir nunca y el otro puede desear la muerte rápida de quien tiene que suceder. (Esto en las condiciones de relación dinámica). Por eso, todo poder preferiría no provenir de nada ni dar origen a nada, sugiere Canetti. En el caso específico de la relación Perón–Cooke, en la cual se plantea una cuestión sucesoria, podemos encontrar los problemas del tipo que tratamos en el presente artículo. Son problemas que acompañan toda la biografía de Perón, y que no resolvería, pues avizora la continua degradación de la "herencia", lo que lo mueve a disolverla en su máxima generalidad posible ("mi único heredero es el pueblo"). Con Cooke, fue la única vez que Perón se plantea un problema de sucesión. La historia por todos conocida, es la de las divergencias entre el "movimientista" Perón y el "continentalista insurreccional" Cooke. Mucho menos conocemos las tensiones entre Perón y el hombre declarado sucesor, propiamente originadas en situaciones como las que examina Canetti. El jefe considera todo acto de sobrevivencia de sus subordinados como si le perteneciera. Esta es otra de las visiones canettianas. Podemos concluir esta nota, con la frase que escribe Perón cuando se interesa de que Cooke escape de Ushuaia, esto es, realiza una hazaña. Se la escribe al propio Cooke: "Usted podrá imaginar la satisfacción que he tenido con la 'pantada' espectacular de ustedes. Realmente nos 'saltaron los tapones' cuando recibimos insólitamente la información que ustedes estaban a salvo en Magallanes. Yo tengo una doble alegría porque el trabajo estaba poniéndose pesado para mí solo en el Comando Superior Peronista". El lector puede ejercitarse haciendo de estos párrafos una interpretación "a la Canetti", en cuyo caso deberá asumir lo que ellos no "dicen", pero al mismo tiempo nada de ello inhibe el plano objetivo, visible, en que se da el drama de estos dos hombres a los que el torbellino de la política nacional ha relacionado extrañamente.

9 Perón tiene una gran autoconciencia respecto al hecho de ser portador de un "nombre", tal como lo expresa muchas veces a Cooke, diciéndole que "hay que tirar a Perón por la ventana", y en los años 70, repitiendo la misma cosa, en virtud de la oposición que implícitamente establece entre "gritar viva Perón" y efectuar concretas acciones organizativas. Da la impresión de que Perón no es el cómodo depositario del símbolo "Perón", que se había difuminado hasta límites de uso que prácticamente abarcaban a toda la sociedad política argentina. De cualquier forma, todo el itinerario de Perón puede escribirse como la persistente contradicción entre el nombre y la institución, lo que constituye el núcleo agobiante de toda su reflexión política, y

que finalmente deja irresuelto. Cuando se reflexiona, desde la filosofía política contemporánea —estamos pensando en un Claude Lefort, por ejemplo— sobre las características que hacen del "nombre político" un cuerpo metafórico que cierra a la sociedad bajo un sello de servidumbre, se está recogiendo en verdad una estimable tradición "tiranicida" que desagua muy francesamente en la toma de la Bastilla. Lefort quiere extender esa idea del "nombre" (el nombre de Uno, del "jefe" que liquida las diferenciaciones sociales) a la cuestión de stalinismo. Estos análisis del habilidoso discípulo de Merleau-Ponty, sin embargo, desatienden la curiosa situación que crea Perón, al utilizar con ironía su propio nombre. El problema que eso crea, desencaja la relación entre "nombre que unifica" y "Egocracia". (en Lefort, *La invención democrática*).

10 Es muy conocida la carta que Perón le escribe a Evita, desde la isla Martín García, poco antes del 17 de octubre. Hay en esa carta varias proposiciones muy sugerentes. Por un lado se plantea el retiro de las actividades públicas y una inmediata felicidad matrimonial. Las expresiones "no puedo vivir sin vos", y "nos iremos a cualquier parte a vivir tranquilos", parecen confirmarlo. Sin embargo, no parece ser ésta una carta de amor "barthesiana", por decirlo así, una carta donde las claves amorosas pertenecerían al mundo absorto del amante que lucha para que su amor queda fijado a una escritura siempre infiel para traducirlo. Sin embargo, hay en Perón un "plus" de sentido que no descaracteriza el mensaje de amor, pero que le sobrepone otras significaciones. En efecto, esa carta habla de otras "dos cartas" que ha enviado simultáneamente con ésta que le escribe a Eva. Anuncia allí una carta a Farrell en la que le pide el retiro militar y otra a Mercante, por correo normal. En cuanto a la carta a Eva, en la que anuncia esas otras dos, dice enviarla "por un muchacho", debido a que cree que tiene la correspondencia interceptada. Como vemos, la situación tiene semejanza con la que comentamos en el cuerpo de este artículo, cuando el propio Perón comenta su "método" de dar a leer el mensaje a su portador pero colocando antes, en el sobre, otro mensaje más sigiloso (así lo hace con Colom — carta a Cooke desde Caracas). Para adquirir sentido, los mensajes recorren vías igualmente válidas, aunque la vía sigilosa parece ser la privilegiada. (En este caso, es la vía por la que transmite su decisión matrimonial). Pero en último caso, en Perón todo lo sigiloso acaba siendo público. De ahí que actuar como si su correspondencia siempre estuviese vigilada, compone una escena compleja en la que cada afirmación debe competir con otras que la relativizan, y aún con la superposición de distintos canales de transmisión, que valorizan de modo diverso lo que se transmite. La situación nos habla mucho menos de la astucia de un escritor impenitente de cartas, que de una alegoría muy desarrollada del "ars conducendi". En efecto, si por un lado hay en Perón una estratificación natural en la que cada gesto ya nace automáticamente desdoblado en direcciones que nunca son literalmente enunciadas, por otro lado, no puede desdeñarse el problema que realmente lo acucia, desde el mismo Octubre del 45, que es la tensión entre el reingreso fustigante al plano de la acción pública, y la retirada a la vida íntima. Esto último puede entenderse también como un castigo a los "contumaces", y a lo largo de su biografía, cobrará forma en diversos intentos de renuncia a la acción política, tema vinculado al de la herencia, al de la búsqueda del "joven maravilloso" que "lleve sus banderas al triunfo", al del abandono de la "máscara Perón" en favor de la "institucionalización" y al de la decisión final de volatilizarse, indiferenciadamente, en el seno del pueblo, que le hace oír la "más maravillosa música", dejándoles él, en cambio, su definitivo "desencarnamiento".

11 Por un lado, "la clandestinidad fue y es un frente demasiado estrecho para contener a millones de combatientes", dice Cooke en el largo Informe General que le escribe a Perón en

agosto del 57, inmediatamente después de la elección de Constituyentes, donde los votos blancos y abstenciones han hecho un excelente papel. Por otro lado, las nuevas perspectivas que abría el masivo voto en blanco –que arrastró a los "blandos"– obligaba a ampliar los márgenes de legalidad para "ganar la calle, salir de las catacumbas". Era necesario ampliar la semilegalidad, y eso sólo sería posible con "acción, acción, acción". Si eso, además, incluía "volver a hacer política", nada de eso era incompatible con la insurrección. No se reconquistan derechos populares conculcados, apelando a la vía electoral, pero tampoco hay insurrección sin lucha política. Eso le transmite Cooke a Perón, dando muestra de los delicados contrapesos que animan su pensamiento, donde se pondera la inconveniencia del electoralismo, sin por eso rechazar las obligaciones políticas que éste genera. De todas estas reflexiones, surge una visión de los campos organizativos en que se expresa el peronismo, que no deja de tener cierta permanencia que alcanza incluso a períodos muy posteriores. En efecto, al definir Cooke estas tres dimensiones, el Movimiento Político, el Movimiento Gremial y la Resistencia, –dimensiones que debían "encontrarse" en el mismo sentimiento intransigente– estaba machacando sobre un tema caro al propio Perón, que concebía los medios extraordinarios de acción (clandestinos, ilegales o violentos) como desprendimientos específicos de una totalidad sólo funcionalmente escindible en "ramas" o formas diferenciadas de acción. Este era el estado del problema inmediatamente antes de que el pacto con Frondizi intentase reponer la cuestión insurreccional en un plano de lucha legal, bien diferente a la querrela sobre las "formaciones especiales" de los años 70. Por otra parte, el nombre resistencia aún no tiene el sentido más amplio y "emblemático" que ganará después, designando aquí las acciones insurreccionales de los comandos.

12 El Acuerdo Perón–Cooke–Frondizi–Frigerio se firma en febrero de 1958, dando "libertad de acción a la masa peronista", lo que implícitamente significaba el voto al frondizismo, ya que simultáneamente se desautorizaba al neoperonismo y al partido conservador popular. "De asumir el gobierno", el gobierno de Frondizi se comprometía a una revisión integral de todas las medidas adoptadas por los militares luego del 55, incluyendo normalización de la CGT, devolución de bienes de la Fundación Eva Perón, personería al partido peronista, elección a una Constituyente en un plazo de dos años, etc. Ese pacto era procurado por el frondizismo desde fines del 56 –a través de Perina– que llega hasta Perón con la propuesta. En ese momento, éste la ridiculiza con uno de sus gracejos (sería una "alianza de buena vecindad donde nosotros seríamos los buenos y ellos los vecinos"). Durante el año 57, Cooke y Perón califican a Frondizi como "el enano más grande del mundo", pero el trasfondo de tantas estocadas es la duda del Comando Superior Peronista (Perón y Cooke) sobre si la gente va a abstenerse o a votar en blanco ante las elecciones llamadas por Aramburu, para reformar la Constitución. Perón dice que "el pueblo quiere ver tronar el escarmiento", pero de hecho admite la dificultad de mantener unido electoralmente al peronismo, ante los intentos de "seducción" frondizista. Existe la línea "YPF", Yrigoyen, Perón, Frondizi, en la que actúan publicistas como Arturo Jauretche. ("Eso lo lamento", le dice Cooke a Perón, "pues se trata de un hombre por el que siempre he sentido un respeto intelectual y personal"). Sin embargo, admitirá después Perón que "Frondizi habla en peronista". Por eso, más allá de la voluntad del propio frondizismo, éste podría ser considerado parte de la resistencia. (Esta opinión de Perón, la encontramos en carta del 17–5–57, donde al mismo tiempo recomienda toda clase de sabotajes y cruzar las boletas electorales con la palabra "asesinos", anulando el voto). Incluso, Cooke planifica la "operación Sáenz Pe-

ña", que consistía en quemar las papeletas electorales depositadas en la Imprenta Kraft. (Puede observarse que no le faltaba ironía al nombre del operativo). Al mismo tiempo Perón se compromete a dejar un poco de lado la máquina de escribir, fiel compañera, para entablar "ciertas negociaciones" que le permitirán mandar armas, explosivos y dinero a los "Comandos de exilados". Ya en las proximidades de la elección del 57, Perón imagina que lo mejor que podría hacer Frondizi es trasladarse a Caracas, para de allí repudiarla junto con él, lo que le permitiría "encabezar el voto en blanco" y así prestigiarse, en vez de presentar candidatos constituyentes y verse superado por la avalancha votoblanquista que impulsaría el peronismo. Como se ve, aún antes del Pacto, la sombra de don Arturo ronda, como el espectro del castillo de Elsinor, todas las consideraciones tácticas de Perón y Cooke. Existen además problemas "teóricos", del tipo de los que después se denominarían "el tercer movimiento histórico". Cooke descarta, con todo, que Frondizi sea "continuador dialéctico del peronismo", siendo apenas un "movimiento paralelo", sin las virtudes de aquél. Es más duro todavía, al afirmar que al presentarse a elecciones, el frondizismo, aún defendiendo la constitución peronista del 49, colabora para crear "legalidad" para el "gobierno de ocupación", gobierno que el peronismo desconoce al punto de no votar siquiera por los que defienden una pieza maestra del peronismo, cual es la mencionada Constitución. Por eso, condenará duramente a dirigentes peronistas como Mercante, quién trabaja para la UCRI frondizista, aliado de Alende. Hecho preocupante que preparará el terreno del pacto, pues es efectivamente un caudal de votos muy grande que Mercante ha acercado a Frondizi, demostrando que la gente quería "buscar caminos legales para ganar la elección de febrero de 1958". Habría entonces que reformular la táctica, lo cual se hará, pero siempre dentro del criterio de que "es Perón, y no Jauretche, no Leloir, no Bramuglia o Mercante, quien interpreta la revolución que el pueblo comprende y puede realizar" (Informe de Cooke, inmediatamente después de la elección del 57). La historia posterior del Pacto y de su ruptura casi inmediata, es bien conocida. Comienza con una huelga general que poco después desencadenará el Plan Conintes y hará arreciar las acusaciones contra Cooke, tachado de "agitador marxista". Con todo, la línea inicial de las 62 organizaciones, frente al argumento frondizista de que le den tiempo para cumplir los acuerdos, porque los gorilas "aprietan", se resume en esta consigna: "Si Frondizi le tiene miedo a los gorilas, que nos dé armas a nosotros". Cooke propone una línea que llama de "agitprop" (agitación y propaganda), nombre tomado de los más viejos diccionarios insurreccionales, para retomar las acciones de resistencia contra el gobierno de Frondizi. Su departamento de Santa Fe y Libertad es arrasado por la policía. Ya no había empacho para declarar al frondizismo como "simulador e hipócrita". (Carta de Perón a Cooke de septiembre del 58, desde Ciudad Trujillo). De cualquier forma, tal como lo hará después en el informe a las bases de 1966, Cooke valorará la precaria legalidad conseguida por el peronismo, oponiéndose por ello a los que desean la caída del gobierno con el argumento de que "ya que mandan los gorilas, que lo hagan directamente".

13 Alicia Eguren, esposa de Cooke. Cierta vez, Cooke le relatará su "idilio" con ella al general Perón, idilio desarrollado, dice, en veinte días de compartida persecución policial y quince meses de correspondencia clandestina. Alicia era poeta. Junto a María Granata, escriben varios poemas inmediatamente después del golpe del 55. "Los hice imprimir y fueron más efectivos que muchos volantes como arma contra el gobierno de Lonardi", le cuenta Cooke a Perón. Cuando se anuncian tiempos de tormenta en la relación de Perón y Cooke, aquél empleará la expresión "Cooke y señora", quizá para sugerir que el "mar de fondo" que existía contra Co-

ke, podía deberse al espíritu implacable y cortante con que Alicia encaraba situaciones que otros tratarían con mayor tacto. Quienes recuerden el ensayismo político de Alicia Eguren, no tendrán dificultad de imaginar su carácter apostrofador, su filosa vena de desprecio hacia la chatura e hipocresía de los peronistas "descerebrados", adjetivo que frecuentaba su prosa y que no debía causar ninguna gracia a quienes se los destinaba. No obstante, hace buenas migas con Perón, quien también la aprecia. Hay inclusive una "luna de miel" compartida entre las dos parejas, Perón e Isabel, Cooke y Alicia, tal como lo testimonian las cartas de la Correspondencia y algunas fotos del cuarteto, documentos que hoy nos miran desde su irrepetible rareza. Las dos mujeres, Isabel y Alicia, cruzan de modo bien diverso la escena argentina. Alicia Eguren fue vista por última vez en la Escuela de Mecánica de la Armada, donde fue secuestrada en 1976. (Como apunte para la galería de curiosidades del peronismo: mucho antes de que fuese criticado Perón, en los años 70, por su relación con Isabel, atribuyéndosele a ella el "lado neurótico" de la pareja, Perón parece que ensaya ese mismo recurso al señalar en Alicia Eguren, si es que prejuzgamos bien, el peso perturbador de la relación "Cooke y señora". Quizá le quería advertir a su Jefe de Operaciones que "no se deje influir por la mujer". Un *cherchez la femme* de la política argentina en los años más límpidos de la lucha peronista).

14 La cuestión "Brasil" tiene una presencia cada vez mayor a medida que crece la Correspondencia. En 1958 hay perspectivas de que Perón se instale en Brasil, lo que aparentemente sería tolerado por Frondizi y bien visto por Juscelino Kubitschek (cuyo ministro de relaciones exteriores se entrevista con Cooke en Río). Pero eso le traería problemas a Jango Goulart, el vicepresidente, quien enfrenta desde sus tiempos de joven ministro de trabajo de Vargas la acusación "lacerdista" de ser "el Perón brasileño". Pero el interés de Cooke se centra en Prestes, con quien se entrevista en Río de Janeiro, y de quien escucha el deseo de conocer a Perón. Además, Prestes le indica a Cooke que el PC vería con cierta simpatía la presencia del líder argentino en Brasil. (Debe decirse que la interpretación de Prestes respecto al peronismo registraba algunas variaciones respecto a la posición tradicional de Codovilla. Tal como cuenta Neruda en Confieso que he vivido, Prestes no se muestra partidario de la enfática condena que hacen los comunistas argentinos al 17 de Octubre del 45). Hubiera sido interesante esa entrevista Prestes-Perón, de haberse realizado. Los dos, militares; los dos, amigos de escuchar "voces de la Historia"; los dos, viejos empecinados; los dos, poco simpáticos hacia los recovecos de subjetividad, que impedirían recoger el sonido del bronce heroico de las luchas políticas. Prestes quedó asociado, luego de la marcha de su "columna insurgente", en 1922 –a la manera de la "larga marcha" de Mao–, al destino del stalinismo. Como stalinista, realiza la insurrección de 1935, como stalinista se alía con su viejo enemigo Vargas en 1945, del mismo modo que pide moderación a Goulart y Darcy Ribeiro en 1964, o rompe con Marighela en 1972. Hoy es el "último fiel" a las políticas de acero stalinianas con que cuenta el comunismo latinoamericano. El partido comunista brasileño, actualmente "eurocomunista", ha roto con él. Prestes está aislado, prácticamente, en la política brasileña. Circunstanacialmente, apoya ahora al "trabalismo" de Brizola. Tiene 85 años. Prestes representa la gesta de los militares nacionaldemocráticos de los años 20, que luego se vinculan al Comintern y hasta hoy se orientan ortodoxamente por Moscú. Cuando Cooke, años después, reclama que Perón se instale en Cuba, desde luego que no piensa para el líder argentino el destino del viejo Prestes. Pero el ojo avizor de Perón no debió desconsiderar las desventuras del "caso Prestes" cuando educadamente le dice que no a Cooke.

15 Los Apuntes de Historia militar son una pieza cardinal del pensamiento de Perón, más importantes, en ese sentido, que el posterior Manual de Conducción Política. Los Apuntes son de 1931. En ellos se postulan reglas racionales de acción y se defiende el saber empírico. Pero está también lo imponderable, lo inefable, el "óleo de Samuel". Perón no piensa sobre "procesos" sino sobre "casos", dislocando la "historia" hacia la "estrategia". El saber estratégico se compone de citas atemporales, a modo de un interminable catálogo de casos particulares mimetizados en "ley general". Es un "libro de ejemplos" transitado por la intención de conciliar las leyes generales de la historia con la idea de que la acción militar es rendidora si responde a una afortunada gratuidad. La propensión a la cita, hizo que muy tempranamente, el joven Perón fuese acusado de "plagio" por sus colegas profesores del Colegio Militar (Referencia que se encuentra en La novela de Perón de T. E. Martínez: éste se regodea con esa acusación, que en realidad hay que juzgarla en relación a lo que Perón llama "conducción", que no es sino un "plagio" de lo que la realidad y los lenguajes ofrecen, pero coronado por un momento original de "elección" de la "frase-hecha" que mejor se adecua a cada situación). En el importante trabajo de Eliseo Verón y Silvia Sigal sobre el "discurso peronista" (Argentina hoy, compilado por Rouquié), se tropieza con la dificultad de realizar un análisis semiológico del lenguaje de Perón sin considerar que éste ya presenta una autoimagen muy avanzada respecto de sus propias "reglas de formación". Por otra parte, lo que Verón y Sigal llaman "modelo de llegada" omite el tema fundamental del "destino", que atraviesa con constancia las coyunturas del 45 y del 73. De ahí la semejanza que los dos semiólogos ven en el Perón de esos dos momentos. Sin embargo, esas semejanzas se deben considerar a la luz de las periódicas sustituciones que hace Perón de sus propios enunciados de base, especialmente el para un... no hay nada mejor que un... cuyas líneas de puntos se saturan sucesivamente con "militar", "peronista" y "argentino". En el 45 adecua la tesis de "conductor-destino", tal como esbozada en los Apuntes del 31, otorgándole conceptualmente al conductor, no "batallones" sino "ideologías y masas". Del mismo modo, en el 73, el concepto de guerra total se adecua a la idea de "liberación nacional", pasando ésta a ser "el drama violento y pasional" que a partir de sus lecturas de Clausewitz le permitía antes definir el acto bélico. No es que Verón-Sigal omitan la "historicidad" de la política argentina. Al final, hacen semiología y se previenen más o menos bien contra el "semiologismo". Pero lo que omiten, en realidad, es otra clase de "historicidad", fundada en el modo en que Perón actúa dentro de su propia red conceptual y lingüística, con desplazamientos que propiamente deben ser llamados de "conducción", pues antes que a las masas, él conduce "enunciados", fragmentos del habla ya dados. De todos modos, la cuestión –apasionante, pues envuelve la identidad de millares de personas– está lejos de haberse agotado. Para un análisis sensato, agudo, incisivo y más que inteligente de la figura de Perón, es recomendable el libro póstumo de Salvador Ferla, El Drama Político de la Argentina Contemporánea, en el cual ese modesto librero de barrio, cargado de pasión argentina y sutileza, teje vivas estampas sobre la temible historia política del país, elaboradas mientras vendía "plasticola" y papel canson a los escolares de la cuadra.

16 El "colorado" Paladino ingresa muy problemáticamente en la Correspondencia. Como después con Ventura Mayoral, Cooke intentará neutralizar la acción "de un señor Paladino", que era portador de cartas y autorizaciones de Perón. Paladino se autoatribuye, con ellas, la jefatura de los comandos clandestinos, "causando verdaderos desastres". Perón responde que no ha

autorizado a quienquiera que sea, pero que de cualquier modo "no hay que matar la iniciativa de nadie", pues se trataba de "perturbar, sabotear, boicotear". Eso era en mayo del 57. Meses después, el mismo problema. Perón vuelve a defender a Paladino diciendo que "ese muchacho se dedica, según sus afirmaciones, al sabotaje y a la resistencia, razón por la cual, y solamente a esos fines, le di una autorización, recomendándole que debía usarla si era necesaria al cumplimiento de su misión". De todos modos, acepta Perón "desautorizarlo" si sigue interfiriendo en el trabajo de Cooke. Y concede: "Paladino es un buen muchacho pero indudablemente se le han subido los humos a la cabeza". Aún un tiempo después, Paladino y el mayor Vicente anuncian un "golpe de estado" de Iñiguez. Protesta entonces Cooke, pues debido a eso el gobierno —ya estaba Frondizi— interviene algunos gremios que habían sido ganados por el peronismo. Perón responde: "acaricie a todos de igual manera", pues la hora exige "acción, acción y más acción". El "colorado Paladino, como se sabe, fue el anteúltimo delegado de Perón antes de marzo de 1973, precediendo a Héctor J. Cámpora.

17 Un fragmento, como ejemplo, tomado de la carta de agosto del 60, que contesta una anterior de Perón en la que éste se muestra entusiasmado con la revolución cubana. Dice allí Cooke: "A medida que se van clarificando las cosas se torna imperativo ubicar el Peronismo de acuerdo a su acción pasada y a su lucha presente. Como surgimos junto con la terminación de la guerra, en cierta forma somos el "movimiento maldito". La oligarquía argentina nos combatió, movilizandó a las oligarquías de cada país. El imperialismo nos difamó. Pero como las "izquierdas" argentinas también procedieron de acuerdo a la valoración extranjerizante y creyeron que bastaba trasladar a la Argentina el esquema de Europa, resulta que también ellas fueron propagandistas del antiperonismo. Quedamos entre dos fuegos: el del imperialismo y el de las "izquierdas", que para ese entonces eran mucho menos esclarecidas, y además estaban cegadas por el problema de la guerra mundial. Debemos ser honestos y reconocer que en términos generales, esa doble campaña tuvo eficacia. De lo que crea y difunda el imperialismo nada nos importa: si tenemos vigencia, es precisamente porque somos enemigos irreconciliables. Por parte de esas fuerzas de izquierda —entendiendo por esta calificación a las que realmente son antiimperialistas y populares— también han seguido combatiéndonos y eso nos perjudica. Nuestro pueblo lucha sacrificadamente, pero mucho de esa lucha se ignora en otras partes, porque el imperialismo no la difunde y el equívoco a que me estoy refiriendo hace que otras fuerzas no se preocupen en apoyarnos". Puede apreciarse el núcleo de la problemática cookiana: poner de manifiesto la magnitud de un "equívoco", esto es, un peronismo que enfrenta al imperialismo objetivamente, pero sin cabal conciencia subjetiva de ello, y una izquierda esquemática que enfrenta al peronismo subjetivamente, perdiendo con ello su papel objetivo. Doble equívoco, pues, que hace del peronismo un "movimiento maldito", situación que Cooke completará con la idea de un peronismo que jaquea a las burguesías pero internamente es jaqueado ideológicamente por ellas a través de las burocracias internas. Este pensamiento se enraza en la idea de "maldición", metáfora aglutinadora en Cooke. Con ella, tanto se quiere decir que el peronismo solo, no alcanza para constituir la sociedad nueva (pues también lo viejo está en su interior) como que todas las realizaciones del peronismo a favor del pueblo, se "pierden" del relato histórico universal porque ni el peronismo sabe decir mejor sus luchas, ni la izquierda reconoce legitimidad efectiva a luchas sociales hechas fuera de las cartillas de "compás y tiralíneas". Pensamientos cookianos que son un raro ejercicio dialéctico, no escolar ni premoldeado por libros de filosofía, de los que la política argentina, como se sabe,

carece. El "hecho maldito" equivale, de otro modo, al "lado malo de la historia" y a la "conciencia infeliz", de la tradición dialéctica más obvia y conocida.

18 Este informe fue publicado por la revista *Pasado y Presente*, número 2/3, correspondiente a julio/diciembre de 1973, Informe de Cooke y Revista en la que es publicado, a más de un título, ambos muy relevantes en la historia de los pensamientos políticos argentinos, o como diría Ferla, del "drama político argentino". *Pasado y Presente* publica el informe de Cooke (a Fidel y el Ché) prologado por Juan Carlos Portantiero, quien lo califica de "anticipatorio" y "signo de ruptura con una dimensión estrechamente localista de la política", en lo que concordamos plenamente. Precisamente ésa es la marca –también– que lleva toda la Correspondencia y la relación Perón–Cooke: el peronismo como fuerza política latinoamericana y volcado a examinar todos los procesos de transformación política en el mundo, el peronismo como efectiva modernidad argentina (Pues ese es uno de los grandes temas que subyacen en esas cartas). En el mencionado informe –del año 1962– Cooke analiza la problemática de la insurrección en la Argentina desde el punto de vista de "un PC que no fue", incapaz de reaprovechar todas las luchas insurreccionales empeñadas por el peronismo. "Condiciones para la revolución", dice guevarianamente Cooke, "nunca se presentan completas, sin que falte nada. Hay que descubrirlas escrutando algo tumultuoso, turbio y complicado como es la realidad económico social". La revolución "democrático burguesa" que hoy pide el PC, dice, ya la había hecho el peronismo gobernante. Esas "condiciones" de que habla el PC, son simplemente el respeto ciego a la legalidad burguesa. Piensan como quien pincha una mariposa con un alfiler, dice Cooke, entregándole una metáfora de su acervo siempre disponible, a los dirigentes cubanos que ya estaban cerrando sus recursos lingüísticos en las camisas categoriales del marxismo de "nations builders". Sin embargo, un PC así tan duramente condenado, es no obstante protagonista de una paradoja, pues siendo que por lado el PC retarda la revolución en la Argentina con falsas alianzas que lo malquistan con la clase obrera peronista, por otro "es un aliado indispensable por sus vinculaciones con el socialismo internacional". Otra vez un Cooke estrictamente guevariano: en su polémica con Bettelheim, que se travestía de "conciencia universal de los PCS de todo el mundo", Guevara aseguraba que en Cuba las condiciones estaban dadas para las osadías autoindustrializantes porque el socialismo existente en otras latitudes, internacionalizaba de hecho, la posibilidad de exigir el máximo de fuerzas objetivas, morales y creadoras a cualquier país revolucionario. Para su razonamiento, Cooke ensaya volver a Gramsci contra el PC Argentino, que tan tempranamente lo tradujera (única vez que Cooke cita al pensador italiano, que no conoce acabadamente pero al que lo une más de un hilo vital). Sin embargo, es el Gramsci que critica al Manual de Bujarín y al marxismo positivista al que Cooke esgrime aquí. Finalmente, Cooke se anima a predecir mejores días para el PC si sabe abrirse a una reinterpretación de la historia argentina. Este es el escrito de Cooke más alejado de su sujeto trascendental: el peronismo como maldición que se turba cuando quiere realizarse revolucionariamente. El sujeto aquí es un PC irreal, que debe cambiar para poner sus lados buenos al lado de los lados malditos del peronismo. Es un escrito efectivamente "anticipador", pero anticipador no de realidades consumadas o que se consumarán alguna vez, sino del tenor de las discusiones entre marxistas "clásicos" y peronistas, en los años 70. Aún "cubano", aún "histórico–universal", aún vistiendo uniforme del ejército que defiende la isla, Cooke seguirá siendo el "hecho maldito" de Perón, de un Perón que estimaba ser de ese modo "maldecido" hasta el

punto que dejó internarse a su improbable heredero en las impalpables telas arácnidas de sus gestos de conductor que desataba furias y preparaba sutiles andamiajes para contenerlas.

19 Otra carta "cubana" de Cooke le hace llegar a Perón una reflexión sobre lo que llama el "fetichismo del líder". El "nombre mágico" de Perón, le dice a Perón, cambia lo que debe ser fuerza real y significado histórico, por un simple conjuro emotivo, sentimental. Y eso lo debilita, le dice Cooke a Perón. "Son fanatismos tribales que tanto perjudican al pueblo como al ídolo que se inventa en lugar del hombre de carne y hueso". El peronismo debía "tomar un conocimiento teórico y práctico universal". Perón gustaba de sentirse "desencarnado". Cooke lo quiere "humano", pero "reencarnado" en la historia de las revoluciones mundiales. Es difícil imaginar lo que debía sentir el exilado de Puerta de Hierro ante las atrevidas reflexiones de alguien que lo seguía llamando "jefe" y que le pedía cambios tan desmesurados en su filiación conceptual y existencia, haciéndolo casi coloquialmente, en la fruición de un tete-a-tete que las divergencias no inhibían.

20 Una carta de Perón al "Bebe" cubano, protesta por ciertos juicios descalificadores hacia él, atribuidos a dirigentes cubanos. "He comprendido su error pero no todos los dirigentes peronistas tienen mi cancha y naturalmente han sido influenciados negativamente por esas declaraciones", dice. Aún así, agradece la "tarea apostólica" de Cooke, a quien sigue considerando "un predicador de la verdad peronista". Perón no había conseguido en Cooke una suerte de padre eterno sustituto, pero no se resigna a dejarlo sin trabajo: le reconoce entonces su "apostolado".

21 La presencia de Cooke en Cuba tiene un desenlace fundamental en su destacada participación en la Conferencia Tricontinental de La Habana, en 1966. Antes de eso, habiendo rechazado Perón su instalación en Cuba pero no la ayuda cubana, Cooke favorece las gestiones de Villalón, quien representando a Perón entabla ciertas negociaciones con los funcionarios cubanos, para vender tabaco en Europa, con beneficios para el movimiento peronista. Cooke protesta ante Perón por la falta de seriedad de Villalón quien en París, dice, había elogiado a la OAS —la derecha militar colonialista— y en Cuba se revistió de un revolucionarismo carnavalesco. Con ello, buscaba encubrir una senda de aprovechamiento personal en la línea de ayuda que los cubanos habían abierto especialmente para Perón. Resultó de ello un gran descontento de los cubanos. En cuanto a la Tricontinental, Cooke le dice a Perón: "Se me encoge el corazón que usted, que planteó como posibilidad histórica de este período una política común al mundo que comienza a ser alumbrado, no esté presente... Usted, que concibió esto antes de que ocurriese". Sin duda, es una de las más patéticas frases que Cooke escribe a Perón. Sin embargo, no era una completa ausencia, "porque el peronismo es una realidad del continente y porque la Argentina hablará a través mío, es decir, un peronista". Y agrega: "No soy su representante oficial... yo no puedo hablar como Perón, de la misma manera que no puedo suplantar a Perón en su liderazgo de masas. Pero lo esencial de lo que diga, el timbre de las voces que hablan de clamores profundos, el sentido histórico, eso sí, espero que sea auténticamente su pensamiento en lo que tiene de visión trascendental y de visión histórica, valores que la modestia de mi persona y mi menor elocuencia no atenuarán ni le quitarán vibración revolucionaria". ¿No vemos aquí el Cooke del resto de la Correspondencia, tal como ella se inicia, y tal como la examinamos en este artículo, midiéndose con Perón y evocando el tema poderoso de la sustitución del líder, imposible por un lado, pero posible de ser hablada con él por otro?

Sólo Cooke supo lamentarse ante Perón de las ausencias de Perón en el escenario que Cooke pensaba que más lo realzaría. Y sólo Cooke sintió lo irreal que era un reemplazo del cual el propio Perón tanto había hablado, poniéndolo tan remotamente cerca de él. Perón responde esa carta, cruzándola con un "muy confidencial y para usted solo". ¡Así hablaban en los viejos tiempos! Y le agradece el informe sobre la Tricontinental. "Es indudable que el mundo se mueve en la dirección justa y acertada que hace muchos años venimos predicando los peronistas", le dice. Y se lamenta que no aparezca un "águila en las nuevas generaciones argentinas". Seguía buscando al "joven maravilloso". Sin embargo, concluye Perón manifestando su fe en la Juventud Peronista. Además, le anuncia esperanzado el viaje de Isabel hacia Buenos Aires. Esa es la última carta de Perón. Sigue una de Cooke y se cierra entonces el largo epistolario.

22 Ya habrá adivinado el lector de quién se trata. Esos temas de Borges, son los temas de Perón. Caos, destino, la fatal interferencia del "otro" fantasmal que se origina en nosotros pero nos niega... Ana María Barrenechea, en su clásico *Expresión de la irrealidad* en la obra de Borges observa que en él hay una preocupación central, la convicción de que el mundo es un caos imposible de reducir a ninguna ley humana. ¿Es preferible el caos o el orden? Perón fluctuó, seductor y seducido entre las dos categorías. En una de sus primeras directivas a la Resistencia (1956), (Ver Correspondencia, volumen II, Apéndice Documental), Perón llama a organizar una "sociedad discreta" denominada Justicia del Pueblo, cuyas obvias iniciales él mismo aclara en un paréntesis (JDP). Esa sociedad se compondría de "sectas", cuyos ingresantes debían pensarlo bien "pues no podrán desertar después". Cada una de esas "sectas" debía tener datos y domicilios de los "enemigos del pueblo", que serían "condenados" con "aplicación de penas con la cooperación de los hermanos de las demás sectas". Cada hermano recibiría un número en clave para reconocerse. El ingreso se haría en "ceremonia presidida por los hermanos dirigentes y el ingresante jurará allí 'Odio eterno a los enemigos del Pueblo', recibiendo una pequeña credencial de reconocimiento y se leerán las obligaciones que contrae con la institución". Documento inconfundiblemente peroniano, de inspiración masónica y que tiene detrás de sí tanto a Erdosain como al Plan de Operaciones de Moreno. Es difícil creer que se concretara alguna vez en esos términos, pero es fácil sentir aquí la severa evocación de la cuerda violenta que la historia política argentina le ha reservado y provisto a todos por igual. En el célebre cuento de Borges, *Tlön Uqbar Orbis Tertius* un mundo ordenado y riguroso podía llegar a reemplazar el mundo conocido de los hombres, pieza por pieza. Tal sustitución sólo podía originar "esperanza o temor". Se espera el "orden", pero no puede dejar de sentirse la ingenuidad de ese orden cuando se ha sido amigo y partidario de la vindicta y el caos. Está en toda la literatura de Borges y en la saga de Juan Perón.

23 Hasta el final, Cooke manda saludos para Isabel; hasta el final, Perón manda saludos para Alicia Eguren. Desparejo destino de ambas mujeres. Isabel es el mayor fracaso pedagógico del pedagogo Perón. "Durante 10 años la preparé", le dice Perón a Cooke. Es la última carta de la Correspondencia, la que muestra al desnudo el pasaje del Cooke—heredero al que él no había preparado (sino "puesto el ojo en él") a la Isabel—heredera—alumna. Esa "última carta" quería anunciar, al fin, la oscura declaración de independencia que deseaba Perón frente a Cooke, el Joven Maravilloso que implacablemente conspiraba contra su propio destino de Sucesor planteándole a Perón dilemas irresolubles pero tentadores. Porque Cuba descifraría la "esfinge Perón", la haría revolucionariamente más potente, quizá, pero la cotejaría al borde del malecón y de la casa de Hemingway, con las estrellas ascendentes de Castro y Guevara. Nunca

hubiera Perón sensatamente, ido a La Habana. Al contrario, la comparación con el decrepito Franco lo beneficiaba, en una Madrid en la que Perón ya era nombre de avenida. Perón se va de España sin saludar a Franco. No se hubiera podido ir de La Habana sin cargar condicionalmente con el abrazo de Fidel antes de tomar el "charter" –imposible escena– y un "Ché" que aún lo miraría, socarrón y escéptico, desde el enorme retrato pintado, de boina, rostro argentino y ralos bigotes caídos, en los edificios cercanos al aeropuerto. Ahora Isabel dice: "tengo derecho a rehacer mi vida". Último acto de la toma de conciencia de la alumna fracasada.

24 El tema de la "herencia" es constante en Perón. Una de sus primeras cartas a Cooke le dice: "nuestros hijos espirituales sabrán realizar lo que nosotros no pudimos hacer". Finalmente, desaparecerá esa idea del delfín maravilloso, hijo no biológico que llevaría su bandera al triunfo. Cuando dice "mi único heredero es el pueblo", resuelve la herencia con una abstracción, y al sentir que ya se va, elabora un intercambio de reciprocidades, en la que a cambio de la "música más maravillosa" que él se lleva, deja a todos y a nadie su sistema de palabras acariciantes en manos múltiples, convidadas así a no sentirse "hijos espirituales" para que él pudiera completarse al fin con su propia biografía ya consumada y sólo con ella.

25 En una hoja de cuaderno, escribe a su esposa que no quiere "personal eclesiástico" a su lado, en el lecho de muerte. "Ni aún los curas amigos". Dona sus restos a los estudiantes de medicina. Final positivista, laico, quizás despechado, y con cenizas esparcidas –eso sí– en el Río de la Plata.

26 En opinión de Carlos Altamirano –expresada en una animada discusión realizada en el Club de Cultura Socialista entre miembros del mismo y redactores de la revista "Unidos"–, la insistencia en reconocerle al peronismo "virtualidades" contrastantes con sus opacas realidades de hoy, pondría un dato infructíferamente "irrealizante" en las tareas políticas del presente, acercándolas al "hecho maldito" cookiano. Correcta descripción de una situación que Altamirano parece no compartir. Sin embargo, ella puede ser vista, es nuestro caso, favorablemente. Faltaría aclarar, es cierto, que reponer ahora la cuestión del "Peronismo virtual" no debe significar la continuación fisiológica del último punto de la serie en que se interrumpió el antiguo llamado revolucionario. Somos diferentes. Pero también es diferente la forma en que somos diferentes, al insistir en que estos temas no caigan de nuestras preocupaciones o que se conviertan en objetos culturales de una "década del 60" encapsulada en vitrinas museísticas. No somos, no podemos ser cookistas, pero no ocurrirá nada interesante si el presente traza una muralla china contra las virtualidades no consumadas del pasado. Entonces, hay una forma ideal de ser "cookistas", que también es la única que permite ser hoy peronistas, y que consiste en pensar que en la historia hay siempre algo más que nos excede y que no sabemos explicar, pero también es irreprimible el deseo de negarla en la que ella también nos niega, esas transformaciones que se prometieron y que nadie realizó.